



L. MARCHAND, CADENAS Y GUTIERREZ ROIG

MI PADRE NO ES FORMAL

COMEDIA EN TRES ACTOS

50 CÉNTIMOS



GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

: DE HUMORISMO :

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ríbas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono
Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20. — MADRID

7
MI PADRE NO ES FORMAL

Cadenas
y Gutiérrez Ro



JOSE JUAN CADENAS
ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

84

MI PADRE NO ES FORMAL

COMEDIA EN TRES ACTOS EN COLA-
BORACIÓN CON L. MARCHAND

Estrenada en el teatro Avenida, de
Madrid, el día 5 de julio de 1928.



LA FARSA

AÑO II

14 DE JULIO DE 1928

NÚM. 45

MADRID

REPARTO

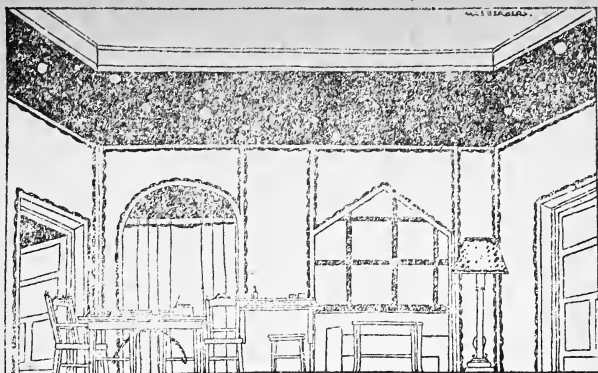
PERSONAJES

ACTORES

IRENE.....	Isabel Barrón.
PAQUITA.....	Florencia Montosa.
MARCELA.....	María Rosa Frías.
LA MECANOGRAFA.....	Elisa Muñoz-Cobo.
LUCIANO.....	Francisco Alarcón.
GERARDO.....	Manuel París.
ESTEBAN.....	Fernando La Riva.
EL REVERENDO HOLIDAY.	Joaquín Regález.
JULIAN.....	Antonio López.
UN CABALLERO.....	Toribio Tomé.

La acción de la obra se desarrolla en París.

Epoca actual. Derecha e izquierda las del artista.



ACTO PRIMERO

Un salón-biblioteca alegremente amueblado. La puerta principal estará en el foro, a la izquierda. Puertas a derecha e izquierda. Un *bureau* en el segundo término izquierda. En los estantes, libros. En un rincón, en el foro, mesa de dibujo, con planos, compases, reglas, etc., etc. Un aparato de teléfono.

ESCENA PRIMERA

JULIÁN y UN CABALLERO

(Ambos estarán fuera de escena. Se les oirá hablar. Un momento antes de levantarse el telón se oirá rumor de voces como si disputaran. Cuando el telón se ha levantado, las voces se oirán dentro, más claramente. En seguida saldrán LUCIANO e IRENE.)

UN CABALLERO.—No está nunca... Siempre me dicen lo mismo: ¡Que vuelva! Que vuelva... Esto es inaguantable.

JULIÁN.—Qué quiere usted que yo le haga... *(De pronto, Julián se asoma a la puerta y rápidamente la cierra, ahogando el ruido de las voces. Un instante después aparece LUCIANO por la derecha. Lleva de la mano a IRENE, que tendrá en la otra mano una gran muñeca. Ambos caminan sobre las puntas de los pies, y alargando las orejas para oír algo de la discusión de fuera. Luciano es un hombre de treinta y nueve*

años, pero apenas representará veinticinco. Algunas canas e las sienes. Irene tiene diez y nueve, pero parezca una chiquilla de diez y seis años. Les dos se ríen, procurando ahogar la carcajadas para no ser oídos. Una pausa. Escuchan.)

IRENE.—Me parece que se ha largado...

LUCIANO. (*En voz baja.*)—¡Calla!

IRENE.—Ya no se oye nada...

LUCIANO.—Sí...

IRENE.—Pero bueno... Después de todo... ¿por qué no lo recibes?

LUCIANO.—¿Un acreedor? ¿Para qué? Esas gentes tienen muy poca conversación...

IRENE.—Suéltame la mano, que me está picando la nariz.

LUCIANO.—Aguarda... Yo te rascaré... (*Frota su nariz contra la de Irene.*)

IRENE.—¡Cuánto te quiero, Luciano!

LUCIANO.—¡Chist! (*Irene se tapa la boca con la mano. Suena el timbre del teléfono. Luciano le manda callar también.*) ¡Chist! ¡Chist! (*Sigue sonando el teléfono. Luciano coge dos almohadones y los arroja sobre el aparato. El teléfono continúa sonando.*)

IRENE. (*Bajo.*)—Vale más que le descuelgues...

LUCIANO. (*Le descuelga y escucha.*)—Es Esteban.

IRENE. (*En voz baja.*)—¿Qué quiere?

LUCIANO. (*Siempre en voz baja.*)—¿Qué quieres, hombre? (*Una pausa.*) No me oye...

IRENE. (*Riendo. Bajo.*)—¡Claro! ¿Cómo te va a oír...?

LUCIANO. (*Siempre en voz baja.*) No puedo hablar más alto... (*Al teléfono.*) Tengo un acreedor en el recibimiento... ¡Un a-cre-e-dor! (*A Irene.*) Este hombre es sordo, palabra (*Al teléfono.*) ¡Un a-cre-e-dor!... ¡Vete a paseo! (*Cuelga el aparato y éste empieza a sonar. Vuelve a descuelgarle y dice en alta voz.*) ¡Que te vayas a paseo! (*Gritando.*) A paseo, sí... ¡A paseo! (*Cuelga el aparato.*)

IRENE.—Pero ahora te habrá oído este otro...

LUCIANO. (*Impaciente.*)—Bueno, pues que me oiga... Me da igual. Además, ya comienza a molestarme a mí este tapicero... Verás... Ahora mismo le voy a tirar por la escalera... ¡Ea! Ya me he cansado yo...

IRENE. (*Extasiada.*)—¡Tontón! ¡Cuánto te quiero! ¡Qué valiente eres!

LUCIANO. (*Decidido.*)—Vaya, hombre... Pues no faltaba más... (*Va a la puerta del foro, la abre de par en par y grita.*) ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Quién grita?... ¡Vamos a ver!...

JULIÁN. (*Apareciendo.*)—Era el tapicero...

LUCIANO.—¿Se ha marchado ya?

JULIÁN.—Sí, señor...

LUCIANO.—¡Lo siento, porque me iba a oír!...

JULIÁN.—Debe estar todavía en la escalera. Si quiere el
or que le llame...

LUCIANO.—¡No! ¡No!

JULIÁN.—Por más que no tardará en volver... Es como el
ctricista... y el fontanero... y el pintor... y el hombre de
calefacción...

IRENE.—¿Y qué? El señorito es arquitecto... Es muy natu-
que vengan a verle los operarios...

JULIÁN.—Sí, señorita, sí... Si eso es precisamente lo que
ieren todos... Verle...

LUCIANO. (*Dignamente.*)—Bien, bien... Ya nos veremos...
hora, desaparezca usted...

JULIÁN.—S', señor. (*Vase.*)

ESCENA II

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—¡Uff! Gracias a Dios que nos dejan tranquilos...

IRENE.—¿Estás cansado, Tontón?

LUCIANO. (*Bostezando.*)—¡Mucho, amor mío!

IRENE.—¿Qué quieres que te dé? ¿Una novela? ¿Una copita
e licor? ¿Mi muñeca?...

LUCIANO.—Un abrazo.

IRENE.—¡Oh! De eso tengo grandes reservas en depósito...

Le abraza.) Pero tú estás fatigado... Vamos a ver... ¿Por
qué estás fatigado? (*Se ha sentado sobre sus rodillas.*)

LUCIANO.—Porque el lunes... y el martes... y el miércoles...
ayer nos hemos retirado al amanecer... Porque he abusado
n poquito del champagne... Y también porque me casé hace
res meses... (*Irene trata de taparle la boca con la mano.*
Luciano se la besa.) Y porque, ¡claro!..., tú te has casado con
n viejo...

IRENE. (*Amorosa.*)—¡Pobrecito Tontón!

LUCIANO.—Irene... Veo que no te inspiro el menor respeto...

IRENE.—Porque eres un loco..., un aturdido..., un chiqui-
cuatro...

LUCIANO.—Gracias... ¡Boba! Y a todo esto, no sabemos si
Esteban nos traerá los trajes...

IRENE.—No te preocupes... Esteban es idiota, pero pun-
tual... Y, además, es tu amigo.

LUCIANO.—Íntimo, es verdad... Nos conocemos hace veinte
años, y somos inseparables.

IRENE.—¡Ya, ya! Con él habrás hecho tú todas tus cosas, ¿eh?... De fijo que ha conocido a todas tus novias.

LUCIANO. (*Amenazándola cómicamente.*)—¡No vuelvas andadas!...

IRENE.—Me gusta hablar de tus novias...

LUCIANO.—Eso, se dice... pero no se siente.

IRENE.—Te equivocas... Yo no tengo celos del pasado. mos a ver... Dime a qué edad tuviste tu primera novia.

LUCIANO.—¡A los nueve años!

IRENE.—¡Mira que te pego! (*Pausa.*) ¿Qué te crees tú lo sé.

LUCIANO.—¿Que tú sabes? ¿Qué?

IRENE.—¡Todo! Esteban me lo ha contado todo! ¡Todito!

LUCIANO.—¡Santa curiosidad! ¿Qué te habrá contado estúpido?

IRENE.—¡Todo! ¡Cuando te digo que todo! Yo hubiera ferido oírte lo contar a ti... Pero, en fin, como no has querido. Mira, tu primera aventura amorosa fué una baronesa... ¿dad que sí? ¿Era baronesa? ¿Auténtica?

LUCIANO.—Creo que sí... Bueno. ¿Ha terminado ya el men?

IRENE.—Y después...

LUCIANO.—¡No seas pesada, Irene!

IRENE.—Pero si es igual que no me lo digas... Si lo Después tuviste una cantante de *music-hall*... gorda, gorda...

LUCIANO.—¡No hay que exagerar!

IRENE.—A los diez y siete años conquistaste a una baila inglesa... Una gran pasión, según parece... A los diecho, tres *cocottes*... A los diez y nueve...

LUCIANO.—Oye... ¿Te parece que pongamos una placa los nombres y las fechas? Vamos, déjate de historia a gua... Son las cinco, y debemos ir preparándonos... ¿Te se los cuplés?

IRENE.—Estuve estudiándolos en el baño... ¿Crees que taré bien?

LUCIANO.—¡Estarás estupenda! En casa de los Levy se unirá esta noche todo París... Lo menos, doscientos invita

IRENE.—¡Qué miedo me va a dar! Y tengo que cantar cuplés... ¡Me muero! Dime, ¿y qué haremos luego?

LUCIANO.—Después hay cena de última hora, en casa los Ricordier... Cuando volvamos a casa estaremos rendido

IRENE.—Seguramente... (*Pausa.*) Dime... ¿Qué vas a ha mañana por la tarde?

LUCIANO.—¡Mañana? ¡Ah! Sí... Tenemos la cena con rique y en señora... Acuérdate...

IRENE.—Es verdad... Entonces, pasado mañana no sales...
 LUCIANO.—No salgo... Es decir, sí... Es lunes. Estoy citado con dos clientes probables... No puedo faltar...
 IRENE. (*Preocupada.*)—¡Ah!
 LUCIANO.—¿Qué te pasa?
 IRENE.—No es que me queje de que salgas sin mí... Lo que me parece es que te olvidas del trabajo...
 LUCIANO.—¿Eh?
 IRENE.—De eso... De eso... De aquéllo... (*Señalando la mesa y los chismes de dibujo.*) De las casas que debe edificar mi querido arquitecto...
 LUCIANO.—En esta época, el trabajo está paralizado.
 IRENE.—¿Sí, eh? ¿Sabes tú cuánto dinero nos queda en la cuenta corriente de Banco?
 LUCIANO.—Debemos tener un gran crédito.
 IRENE.—Mira, Tontón... Hay veces que me pregunto si, en el fondo, estás en tu juicio...
 LUCIANO.—Sí... En el fondo, muy en el fondo, sí... (*Co-giéndola.*) Pero vamos a ver, ¿es verdad? ¿Sientes que salga sin ti?
 IRENE.—No... Pero tienes que ser formal. Hay que trabajar. ¿Lo oyes? A ver si encuentras un cliente que te encargue un trabajo... o dos...
 LUCIANO.—¿Tú me quieres?
 IRENE.—Es lo único que sé hacer. (*Suena el timbre dentro.*)
 LUCIANO.—Han llamado... Algún idiota.
 IRENE.—Valiente animal será.
 LUCIANO.—Algún estúpido...
 JULIÁN. (*En la puerta del foro.*)—El señorito Esteban.
 LUCIANO.—¡Que pase ese avestruz!

ESCENA III

IRENE, LUCIANO y ESTEBAN.

ESTEBAN. (*Cargado de paquetes.*)—¿Eran para mí esos piropos?
 IRENE.—¡Ay! Nos ha...
 LUCIANO.—Ya lo ves... Nos ha... (*Sin reparar en Esteban.*) Trae aquí... (*Le quitan los paquetes.*)
 ESTEBAN.—¡Bendito sea Dios! Qué chiquillos sois... Hola, Irene.
 IRENE.—Hola, Esteban...
 LUCIANO.—¡Cuidado que has tardado! ¡Eres una tortuga!
 ESTEBAN.—Pues he tenido que hacer tiempo... El modisto me hizo esperar una hora.

IRENE. (*Que ha abierto los paquetes.*)—;Ay, mira, mira. Qué cosas tan bonitas... Son preciosidades... Me lo voy probar todo ahora mismo... Ahora mismito... Vengo en seguida. (*Vase con los paquetes izquierda.*)

ESCENA IV

LUCIANO y ESTEBAN.

LUCIANO.—¿Qué quieres beber? Whisky... cocktail... ginebra?

ESTEBAN.—¡Pche! Dame un poco de whisky.

LUCIANO.—No hay... Pero tenemos Oporto...

ESTEBAN.—Bueno... (*Mientras Luciano le sirve.*) ¡Ah! He pagado estos trajes... Me debes mil francos.

LUCIANO.—Bien...

ESTEBAN.—Con los dos mil que te presté, hacen...

LUCIANO.—Ya me lo dirás a primero de mes.

ESTEBAN. (*Bebiendo.*)—¿Te has quedado limpio?

LUCIANO.—Así parece... ¿Quieres más Oporto?

ESTEBAN.—Pero yo me pregunto... ¿Qué haces tú con el dinero?

LUCIANO.—Mira que eres indiscreto... Yo sé bien lo que haría con el dinero, si lo tuviera...

ESTEBAN.—¿Te parece poco el que tienes?

LUCIANO.—¡Valiente cosa! Dos mil quinientos francos mensuales que cobro yo. Y otros dos mil quinientos que dan Irene sus padres... Total, cinco mil...

ESTEBAN.—¡Pero tienes un ayuda de cámara!

LUCIANO.—¡Claro que tengo un ayuda de cámara! ¿Por qué no voy a tener un ayuda de cámara?

ESTEBAN.—Y pagas doce mil francos de casa...

LUCIANO.—Justamente.

ESTEBAN.—Y no te privas de nada.

LUCIANO.—Exageras... Nosotros sabemos reducirnos... Y ves... Queríamos tener un piano de cola; pero como no podemos... pondré un clarinete encima de un almohadón.

ESTEBAN.—Eres igual que cuando tenías diez y siete años. No has variado.

LUCIANO.—Y hasta ahora no voy mal.

ESTEBAN.—¡Y si trabajaras! Porque, según dicen, tiene talento.

LUCIANO.—¿Quién dice eso?

ESTEBAN.—No sé. Yo te lo he oído decir a ti.

LUCIANO.—¿Qué idiota eres! Trabajar... Trabajar... Pero si no hago otra cosa.

ESTEBAN.—¿Tú? ¿En qué?

LUCIANO.—En agradecer a mi mujer para demostrarla que me equivocó al casarse conmigo.

ESTEBAN.—Te digo que eres el mismo. Tu pobre padre te razonó cuando exclamaba: "Luciano será siempre un chico y un juerguista."

LUCIANO.—Pero añadía: "La culpa es de las relaciones que tiene con imbéciles y ociosos como Esteban."

ESTEBAN. (*Molesto.*)—No es verdad. Tu padre era un poco loco, pero muy inteligente.

LUCIANO.—Pues por eso mismo.

ESTEBAN. (*Dentro.*)—¡Ay! ¡Qué lindo! ¡Qué cosa tan bonita!

LUCIANO.—Ven para verte.

ESTEBAN. (*Dentro.*)—Tú, sí. Pero Esteban...

LUCIANO.—Bueno, bueno. Voy yo. (*Vase Luciano. Esteban instala y se sirve una copa. Suena el teléfono.*)

ESTEBAN. (*Al teléfono.*)—¿Quién? Sí... Aquí es... Que sí... ¿Es aquí...? Eh? El señor... No, señor, no... Yo no soy... Pero por qué? ¡Que sí lo soy! ¡Cuidadito con las palabras! (*Delga el aparato.*) ¡Luciano! ¡Luciano!

LUCIANO. (*Dentro.*)—¿Qué quieres?

ESTEBAN.—¡Es fantástico! ¿Sabes lo que acaba de sucederme?

LUCIANO. (*Dentro.*)—¿Qué?

ESTEBAN.—Me han puesto de cochino y de sinvergüenza que hay por dónde cogerme. Para eso me han llamado al teléfono.

LUCIANO. (*Dentro.*)—Pues que sigan, que sigan. El aparato está a tu disposición.

ESTEBAN.—No, no. Si los insultos los he recibido yo, pero para ti. Para el número de tu teléfono. Es un señor al que ayer gastaste una broma por el aparato.

LUCIANO. (*Dentro.*)—¿Yo?

ESTEBAN.—Dice que ayer daba un baile en su casa y que ha estado toda la noche esperando el "jazz-band" que tú prometiste enviarle.

LUCIANO. (*Dentro.*)—La culpa es suya. Se empeñó en llamar a este teléfono y en que yo era el director de orquesta. Me dije que sí a todo. Que se queje a la Compañía de teléfonos.

ESTEBAN.—Pues tenías que oírle ahora. ¡Menuda rociada me ha echado! (*Alzando los hombros.*) Cuando yo digo... ¡Qué diez y siete! Eres un chiquillo de doce años... Nunca serás un hombre formal.

JULIÁN. (*Apareciendo.*)—Señor... Una visita... Es un camarero... ¿Le hago pasar?

ESTEBAN.—Sí. (*Gritando.*) ¡Luciano! Aquí viene un llero que te busca.

LUCIANO. (*Dentro.*)—¿Quién es?

ESCENA V

ESTEBAN y UN CABALLERO.

ESTEBAN. (*Bajo, en la puerta.*)—Un caballero.

LUCIANO. (*Dentro, en alta voz.*)—¿Otro? Mándale a

ESTEBAN. (*Al Caballero.*)—No haga usted caso, caballero. Es un error. ¡Un error!

LUCIANO. (*Dentro.*)—Te autorizo para que le echés a tapárselo.

ESTEBAN. (*A la puerta.*)—¡Pero te quieres callar! El señor que está aquí en tu despacho.

LUCIANO. (*Bajando la voz.*)—¡Atiza! Bueno. Ya voy el tapicero?

ESTEBAN.—Yo qué sé.

UN CABALLERO. (*Muy serio.*)—Hágame usted el favor de decirle que vengo enviado por su amigo el señor Durán. (*Entra LUCIANO. Viene vestido de máscara con una gran peluca y un gorro de papel. Llevará un gran cetro en la mano.*)

LUCIANO.—Caballero...

UN CABALLERO. (*Mirándole gravemente.*)—¿Es el señor arquitecto a quien tengo el gusto de hablar? Vengo a encargarle unos trabajos.

LUCIANO.—¡Ah! ¡Sí! Muy bien, señor, muy bien. (*Está a punto de reírse.*)

ESCENA VI

LUCIANO y UN CABALLERO.

UN CABALLERO.—Un amigo del Círculo, el señor Durán me dió las señas de usted.

LUCIANO. (*Quitándose la peluca.*)—Sí, sí. Siéntese. Es verdad usted... Yo... Es decir, nosotros..., mi mujer y yo vamos parte esta noche en una revista que se va a representar en un salón y..., claro..., estábamos ensayando y bándonos la ropa.

UN CABALLERO.—Ya, va lo veo.

LUCIANO.—Usted me dirá de qué se trata.

UN CABALLERO.—Tengo que hacer algunos trabajos en u

s y pedí el nombre de un arquitecto entendido y hombre y formal.

LUCIANO.—Hizo usted bien. Yo puedo examinar con toda seguridad...

N. CABALLERO.—No, no... No es para ahora. No tengo...

LUCIANO.—¡Ah! Eso es otra cosa.

N. CABALLERO.—En esta primera entrevista quería solamente conocerle.

LUCIANO.—Repito que estoy a la disposición de usted ahora mismo.

N. CABALLERO.—No, no... Ya veo que está usted ahora muy ocupado. Volveré en otra ocasión.

LUCIANO. (*Molesto.*)—Como usted quiera.

N. CABALLERO.—Caballero... (*Vase.*)

LUCIANO. (*Acompañándole a la puerta.*)—Caballero...

ESCENA VII

IRENE, LUCIANO y ESTEBAN.

Aparecen a un mismo tiempo, por distintas puertas, IRENE y ESTEBAN.

IRENE. (*Viste una bata.*)—¿Quién era?

LUCIANO. (*A Esteban.*)—¡Eres un idiota! ¿No podías haberme avisado? ¡A quién se le ocurre dejarme que salga a recibir a un cliente vestido de mamarracho!

IRENE.—¡Un cliente! ¿Pero era un cliente?

LUCIANO.—¡Pues claro!

ESTEBAN.—¡Hijo! Yo no podía adivinarlo. En tu casa he visto a muchas personas, pero clientes no vi ninguno jamás.

IRENE.—¿Y se ha ido sin encargarte ninguna obra?

LUCIANO.—¡A ver! (*Pausa.*) Durandol me había avisado. Me lo encontré ayer y me dijo: "Te he recomendado a unos amigos que quieren edificar." Pero no hice caso... Tantas veces le dicen a uno eso...

IRENE.—¡Pobre Tontón! ¡Ha sido una desgracia!

LUCIANO.—Lo peor no es eso... Lo peor es que este señor me está diciendo ahora por todas partes que yo me visto de más para recibir a mis clientes. Todo por tu culpa. Mira, Esteban, no sé cómo me contengo.

ESTEBAN. (*Contristado.*)—Tienes razón: yo soy el culpable.

LUCIANO.—¡Y tanto! (*Esteban, resignado, levanta la vista al cielo.*)

IRENE.—Bueno, deja ya eso. Todavía tengo que poner el vestido de Colombina. ¿Vienes? (*A Luciano.*)

LUCIANO.—Llamame cuando te tengas puesto. (*Vase A Esteban.*) ¿Quieres decirme qué es lo que te propones?

ESTEBAN. (*Amoscado.*)—¿Yo?

LUCIANO.—Sí, tú. ¿Quién te manda contar a Irene las turas amorosas de mis tiempos de estudiante? Te prohibo metas los en el domicilio conyugal.

ESTEBAN. (*Protestando.*)—¿Yo? ¡Por Dios, hombre! Yo soy un caballero.

LUCIANO.—Es que quiero recordarte que adoro a mi mujer y me he propuesto no darla el menor disgusto ni que se enfaden.

ESTEBAN.—Ya, ya. Los propósitos son buenos. Pero has comenzado a salir solo.

LUCIANO.—Es que soy hombre de experiencia. Quiero siempre un poco de libertad... para cuando se presente ocasión...

ESTEBAN.—Muy bonito. (*Lllaman.*)

LUCIANO.—Adelante.

JULIÁN. (*Con una tarjeta.*)—Es una señora... Preguntale al señor.

ESTEBAN.—¿Ya?

LUCIANO. (*Se encoge de hombros.*)—¡Que espere! (*Julián.*) Buena, esto es el colmo. (*A Esteban.*) Es Paquita. Me vas a hacer el favor de no decir una palabra de más. Además, tú me conoces y sabes que yo no reanudo jamás. Cuando termine, termine para siempre.

ESTEBAN. (*Sorprendido.*)—¿Paquita? ¿Y qué es lo que quiere?

LUCIANO.—¡Ah! Ella sabrá. Pero, en fin, ahora nos enteremos. (*Llama.*)

ESTEBAN.—Espera... Espera... Os dejo solos.

LUCIANO.—Muy bien hecho. (*Vase Esteban. Un momento después entra PAQUITA. Es una hermosa mujer de treinta y cinco años.*)

ESCENA VIII

PAQUITA y LUCIANO.

PAQUITA.—¿Cómo está el señor arquitecto?

LUCIANO.—Adelante, Paquita.

PAQUITA.—¿No me das un beso?

LUCIANO.—No. Creo que tengo la gripe, y el contagio es grave.

PAQUITA.—Es que ya no somos más que amigos... Y entre amaraadas esas cosas no tienen gran importancia. ¿Cómo pasa el tiempo, eh? Dos años ya que terminamos.

LUCIANO.—¡Bah! Dos días...

PAQUITA.—Gracias, por la galantería. Lo dices, pero no loientes. Y tú, ¿qué? Siempre bohemio.

LUCIANO.—Quiero seguir siendo joven.

PAQUITA.—Te seguira prestando Julián para acabar los últimos días del mes. ¿Te acuerdas?

LUCIANO.—Más vale no recordar nada. ¿Para qué?

PAQUITA.—Puedes creer que he conservado de ti un excelente recuerdo. Y vengo a demostrártelo. ¿Qué? ¿No adviertes ningún cambio en mí?

LUCIANO.—Sí. Toda tú has cambiado.

PAQUITA. (*Enseñándole el collar.*)—Mira. Ahora ya son auténticas.

LUCIANO.—Entonces estarás contenta.

PAQUITA.—He tenido una suerte loca. Figúrate... Un fabricante de automóviles..., solterón..., cuarenta años..., no mal del todo...

LUCIANO.—¡Vamos! Lo celebro.

PAQUITA.—Me ha instalado muy bien. Pero ahora me ha regalado un terrenito en el campo para que me haga un hotel. Y ahora te explicaré el objeto de mi visita.

LUCIANO.—No comprendo.

PAQUITA.—¡Pero hombre! La construcción mi hotel... Tú eres arquitecto... Yo le he hablado de ti...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? (*Pausa.*) Mira, Paquita, te lo agradezco mucho...; pero no..., no me es posible...

PAQUITA.—¿Eh?

LUCIANO.—Tú no sabes la cantidad de trabajo que tengo en estos momentos.

PAQUITA.—¡Ah! No importa. Esperaré. Quiero que seas tú el que edifique el hotel.

LUCIANO.—Créeme, Paquita... No me es posible.

PAQUITA.—¿Pero por qué?

LUCIANO.—Estoy casado...

PAQUITA.—¡Ah! (*Pausa.*) ¡Oh!

LUCIANO.—Sí.

PAQUITA.—¿Pero casado..., casado?

LUCIANO.—Del todo.

PAQUITA.—¿La quieres?

LUCIANO.—Yo creo que sí.

PAQUITA.—Bueno; pues... no importa, ¡ea! Quiero que seas tú el que lo haga todo. Seré la cliente. Tú, el arquitecto... Ni más ni menos.

LUCIANO.—No.

PAQUITA. (*Seria.*)—¡Ah! Vamos. ¡Te has casado con alguna millonaria!

LUCIANO.—Nada de eso. Es que me parece poco delicado.

PAQUITA. (*Saltándose la lagrima.*)—Esta bien. Me desprecias. Yo que venía tan alegre... (*Llorando.*) No lo puedo esperar.

LUCIANO.—No llores. Hazme el favor. ¡Qué susceptible eres!

PAQUITA. (*Llorando.*)—No lo puedo remediar. De sobre todo me conoces y sabes cómo soy.

LUCIANO.—Que no llores. Te lo suplico. Sécate los ojos. Ve acá. (*La seca con su pañuelo.*) ¡Ajajá! Verás. Yo te prometo ir a verte. Márchate ahora y ya hablaremos. Yo te explicaré...

PAQUITA.—¿De veras? ¿Irás?

LUCIANO.—Desde luego. Pero, ya lo sabes, como amigo nada más..., en buenos camaradas.

PAQUITA.—Sí, eso... Como camaradas... ¡Claro!... ¿De verdad... ahora eres fiel?

LUCIANO.—¡Ah! Completamente fiel.

PAQUITA.—¡Cómo cambian los hombres!

LUCIANO.—Anda, sécate y vete. ¿Quieres? Espero a un propietario y...

PAQUITA.—Sí, me voy. Estoy en el *Claridge*, ¿sabes? Pero vendrás a verme, ¿verdad?

LUCIANO.—Te lo juro. Yo te telefonearé. Adiós, Paquita ¿eh? Adiós.

PAQUITA.—Adiós. Me voy contenta porque dices que irás a verme. Adiós. (*Vase Paquita.*)

LUCIANO. (*Cerrando la puerta.*)—¡Uff! (*Se dirige a la derecha y abre otra puerta.*)

ESTEBAN.—¿Qué? ¿Qué te quería?

LUCIANO.—Figúrate... Tiene todo lo que desea... Es rica...

ESTEBAN.—¡Hola!

PAQUITA.—Se va a hacer un hotel y quiere que le edifique yo.

ESTEBAN.—No está mal. Pues mira... es un negocio.

LUCIANO.—La he dicho que no.

ESTEBAN.—¡Eh! ¿Por qué?

LUCIANO.—Por delicadeza. Ya lo comprenderás.

ESTEBAN. (*Amoscado.*)—¿Por...? ¡Ah! Bien, bien. No digo nada. (*Cambiando de tono.*) Aquí tienes la correspondencia que acaba de llegar para ti.

LUCIANO. (*Sirviéndose de beber.*)—Gracias. Déjala ahí encima.

TEBAN. (*Secando una hoja suelta.*)—Oye... ¿Recibes mu-
avisos del Juzgado como éste?

CIANO.—¿Qué es? Algún acreedor.

TEBAN.—Del Juzgado no suelen venir invitaciones de
(*Leyendo.*) No. Esta es otra clase de música. Figúrate
e dicen que si en el plazo de veinticuatro horas no cons-
siete mil quinientos francos te embargarán...

CIANO.—¿Eh? ¿Veinticuatro horas? ¿Estás seguro?

TEBAN.—Esta gente escribe con mucha claridad.

CIANO.—A ver. (*Coge el papel.*) Pues sí que estoy lu-

TEBAN.—Tienes de tiempo de aquí a mañana.

CIANO. (*Despreocupado.*)—Bueno. Dejaré recado al por-
para que los diga que me he ido de viaje y no abriré la
ta.

TEBAN.—¡Claro! Pero entonces el alguacil irá a buscar a
errajero. Estás mal enterado de estas cosas judiciales.

CIANO.—Y hay que tener ese dinero mañana por la ma-

TEBAN.—¡Tú verás!

CIANO. (*Estallando.*)—¡Y todo esto por tu culpa! Porque
ce un momento no me hubieras dejado ponerme en ri-
o a los ojos de ese cliente, ahora tendría yo un encargo
anticipo para los trabajos.

TEBAN.—¡Ah! ¿Sí? Mira, Luciano... Escúchame...

CIANO.—¡No me da la gana! Déjame en paz. Eres un
ere nefasto.

TEBAN.—Escucha, Luciano... Dentro de tres días yo me
glaré para que pagues eso.

CIANO.—No me hables. Dentro de tres días tendré yo
co para pagar. Lo que quiero es evitar a Irene el espec-
o del embargo mañana. ¿No lo comprendes? No quiero
la pobre vea eso.

LIÁN. (*Entrando.*)—Un caballero pregunta por el señor.
sa.) No es ningún acreedor.

TEBAN.—Hombre, recíbelo. A lo mejor es un cliente.

CIANO.—Tienes razón. ¡Quién sabe! Además, dice que
s un acreedor, y éste los conoce a todos.

TEBAN.—Puede que sea alguno de esos que te ha reco-
dado Durandol. Si lo es, no le dejes escapar.

CIANO.—No tengas cuidado. Si es un cliente, vaya si cae
oportunidad... Anda, déjame. (*Coge una hoja de papel
dispone a dibujar.*) Voy a recibirle.

TEBAN. (*Llamando puerta derecha.*)—¡Irene! ¿Puedo pa-

ENE. (*Abre la puerta.*)—Adelante. ¿Y Tontón?

ESTEBAN.—Va a recibir a un cliente que acaba de
IRENE. (Asomándose.)—¿De veras? ¡Cuánto me
¡Buena suerte!

LUCIANO.—Retiraos, retiraos. Que no os vean. (Cierra
puerta.) ¿Quién es ese señor? (A Julián.)

JULIÁN.—No le conozco. Es un caballero.

LUCIANO.—Tiene el aire de ser..., así..., vamos..., un

JULIÁN.—La verdad..., yo no sé el aire que tienen los
tes. Aquí no he visto nunca a ninguno.

LUCIANO.—Quiero decir si es... respetable.

JULIÁN.—¡Ah! Eso sí. Es un hombre joven, pero muy

LUCIANO.—Bueno, que pase. (Julián vase. Luciano se
la en el "bureau" y comienza a trazar líneas, adoptando
postura de hombre laborioso. Julián abre la puerta, de
paso a GERARDO. Gerardo lleva grandes gafas de conch
dudablemente acaba de llegar de los Estados Unidos s
cer escala en ninguna parte. Traje americanísimo. Es
bre de veintidós años, pero representa treinta. Un pe
bigote. Serio, muy serio, extremadamente serio.)

ESCENA IX

LUCIANO y GERARDO.

(Un pequeño silencio. Luciano finge estar empapado
trabajo. Gerardo le contempla con interés. En seguida
una mirada por la habitación. Coge una fotografía de
la contempla y vuelve a dejarla en su sitio. Un pequeño
y Luciano se vuelve. Finge verle en este momento, le sal
se levanta. Con un gesto le indica un asiento. Luciano
a su "bureau" y se sienta cómodamente.)

LUCIANO.—Me parece que me ha anunciado la visita
ted el amigo Durandol...

GERARDO. (Acento inglés.)—¿Aoh?

LUCIANO.—Sí, señor... ¿Es usted inglés?

GERARDO.—Americano...

LUCIANO.—Yo el inglés le hablo tan mal...

GERARDO.—No importa. Yo le hablo bien.

LUCIANO.—Ante todo, debo decir a usted, mi querido
que llega usted en un momento decisivo... Acabo de term
un gran trabajo y, en la actualidad, estoy libre. Puedo e
garme de todo género de trabajos... Construcción de ho
villas, casas de venta... (En este momento, Gerardo se le
bruscamente, se inclina por encima del "bureau" y da un
a Luciano en la frente. Después se sienta y comienza a

piar cuidadosamente los cristales de sus gafas.) (¿Eh?... ¡Es un loco!)

GERARDO. (*Rápidamente.*)—No... No diga usted nada... Nosotros en América somos muy efusivos, pero es un momento nada más. En seguida pasa... ¿Ve usted? Ya pasó... Deme usted la mano...

LUCIANO. (*Asebrado.*)—Pero, caballero...

GERARDO.—Y la otra mano también... (*Le sacude las dos manos enérgicamente.*) Así... ¡Ea! Ya está terminada la efusión... Muchas gracias...

LUCIANO.—Crea usted, caballero, que no me explico...

GERARDO.—Es la emoción... Estoy muy emocionado... Mucho...

LUCIANO.—Bien, bien, pero... ¿está usted seguro de no haberse equivocado de piso?

GERARDO.—No... Si yo comprendo la sorpresa de usted... pero no importa...

LUCIANO.—Está usted en casa de...

GERARDO.—En casa del señor Laridel... De don Luciano Carlos Enrique Laridel.

LUCIANO.—Exactamente, sí señor... Veo que conoce usted mi partida de bautismo... Pero usted, caballero..., ¿quién es usted?

GERARDO.—He venido para decírselo a usted precisamente... (*Pausa.*) Señor Laridel, yo... soy su hijo.

LUCIANO. (*Estupefacto.*)—¿Mi hijo? ¿Qué está usted diciendo?

GERARDO.—No... No piense usted... No busque... Espere... Si reflexiona usted se volverá loco... No, no... Tranquílese... Yo soy Gerardo Luciano Francisco Morrison... hijo de usted...

LUCIANO.—Un momento, caballero... Se trata, sin duda, de una broma de mejor o peor gusto; pero de una broma...

GERARDO.—¿Ve usted? Esto era lo que yo me temía... Pero, en fin, lo único que le pido a usted es que me interrogue... Pregúnteme usted... Ya sé que esta revelación es un poco brusca... Sí, sí... Lo sé... Ahora bien... esté usted tranquilo... Y con calma... razonablemente, pídamle usted las precisiones que necesite... Muy tranquilamente... Como trataría usted de un negocio... Yo le contestaré...

LUCIANO. (*Levantándose.*)—Pero si es que...

GERARDO.—¡Calma! Mucha calma... Tómese usted el tiempo que quiera...

LUCIANO.—No, no, si esto va a terminar muy de prisa... Está usted equivocado... Dice usted que es mi hijo... ¡Vaya, hombre! Pero, ¿qué edad cree usted que tengo yo?

GERARDO.—Usted nació el 7 de abril de 1887.

LUCIANO.—Es verdad... Pero usted... Usted tiene, lo menos...

GERARDO.—Veintiún años y dos meses... Véalo usted... Aquí está mi pasaporte...

LUCIANO.—Veintiún años... ¡Caray! Pues sabe usted que los representa. ¡Vaya si los representa!

GERARDO.—No sé... Usted, en cambio, parece mucho más joven, querido papá...

LUCIANO. (*Sonriendo.*)—Bien, bien... Sigue la broma... ¿Y puedo saber quién es su señora madre?

GERARDO.—La señora Morrison, de Manchester; actualmente en los Estados Unidos.

LUCIANO.—¿Ve usted? Esto ya está perfectamente claro... Yo no he conocido en mi vida a esa señora...

GERARDO.—Ya lo sé... Usted la conoció cuando era joven y soltera... cuando se llamaba Miss Violeta John.

LUCIANO. (*Sorprendido.*)—¡Violeta!

GERARDO.—Sí, señor... Yo soy su hijo... Y el hijo de usted, naturalmente... No se asombre usted de oírme hablar así... Esta es una cosa natural, y yo hablo de ella con naturalidad... ¿Comprende usted, papá?

LUCIANO.—Perdone usted... Yo no niego haber tenido relaciones con Miss Violeta John... Esto no es de ayer... Entonces tenía yo diez y siete años...

GERARDO.—Justo... Diez y siete y veintiuno, que tengo yo, hacen treinta y ocho...

LUCIANO. (*Serio.*)—Es curioso...

GERARDO.—¿Verdad que sí? Usted no sabe lo que me alegra verle... Al cabo de tanto tiempo...

LUCIANO. (*Molesto ya.*)—Perdone. Ya comprenderá usted que esto no puede tomarse en serio... No hay nada, ¿lo oye usted bien?, nada absolutamente que pruebe lo que usted afirma... Y en cuanto al parecido o semejanza entre usted y yo...

GERARDO. (*Asombrado.*)—Pero ¿es que le molesta a usted tanto saber que tiene un hijo?

LUCIANO.—No se trata de eso... Usted comprenderá, que yo tendría que ser el más idiota de los hombres para abrir los brazos al primer buen mozo que se me presentase diciéndome que es mi hijo...

GERARDO.—¡Ah! ¿Pero usted le abriría los brazos?

LUCIANO. (*Confuso.*)—Claro que sí... Lo que pasa, es que yo no he tenido hijos nunca...

GERARDO.—Bien, bien... Entonces no perdamos el tiempo... Pregúnteme usted... Pídame detalles... pero pronto...

LUCIANO. (*Cada vez más confuso.*)—Yo, ¿para qué? Vamos, amigo mío... Usted está fuera de la realidad... En primer

lugar... su madre de usted ¿por qué me hubiera ocultado tantos años esto?

GERARDO.—Cuando se fué de aquí, dejando el teatro—donde bailaba con una *troupe* de *girls*—, no pensaba volver a ver a usted... Yo vine al mundo ocho meses después de la separación de ustedes... Además, ella sabía que usted dependía de su padre—un hombre severo—. Usted era un chiquillo...

LUCIANO. (*Un poco turbado.*)—Y ella también... Es verdad... Era una criatura...

GERARDO.—Tenía la misma edad que usted... Lo pensó y decidió guardar para ella su pena... y su alegría... Me confió al cuidado de su hermana, que tenía dos hijos, y continuó su carrera artística...

LUCIANO.—¿Quién prueba que eso es verdad?

GERARDO.—Le digo a usted yo que es la verdad... y basta.

LUCIANO.—Y ella... ¿vive todavía?

GERARDO.—¡A Dios gracias...! Aquí tiene usted una carta que me dió para usted. (*Luciano mira el sobre sin decidirse a abrirle.*)

LUCIANO.—No me negará usted que todo esto es muy extraño.

GERARDO.—No sé por qué... Yo me he educado en América y razono a la americana... ¿Para qué iba a complicarle a usted la vida?

LUCIANO.—¡Hombre!... Siempre hubiera sido mejor que esperar veinte años...

GERARDO.—No lo creo yo así... ni mi madre... ni mi padrastro...

LUCIANO.—¡Ah!... Entonces, ella ¿se casó?

GERARDO.—¡Claro! Con Adolfo Morrison... Un americano de Michigán.

LUCIANO.—¡Ah! Si era de Michigán. ¿Y casó en América?

GERARDO.—No. En San Petersburgo. Ella le contó todo... Le habló de usted... le habló de mí... El dijo: "*Ol rai...*" Lo pasado, pasado está..." Y se casó con nosotros...

LUCIANO.—Muy americano...

GERARDO.—Cuando estuve en edad de comprender, me lo explicaron todo diciéndome quién era mi padre... Entonces quedó convenido, en familia, que cuando yo cumpliera mis veintiún años vendría a verle usted, si este era mi deseo. He esperado con impaciencia mis veintiún años... Cuando los cumplí emprendí el viaje, y aquí estoy... Esto es todo.

LUCIANO.—Es increíble... ¿Y el señor Morrison estaba al corriente de mi existencia?

GERARDO.—Hablabamos muchas veces de usted... Decíamos: Es un hombre un poco ligero de cascos... No es muy

serio... No sirve para los negocios... Muy simpático... Poco seso...

LUCIANO.—¡Muy bonito! (*Una pausa.*)

GERARDO.—¿Qué? ¿Sigue usted sin creerme? (*Pausa.*) Bueno... Le daré a usted toda clase de pruebas... Yo he nacido el día 17 de octubre... (*Pausa.*) Su padre de usted era arquitecto... Tenía usted una tía, en provincias, muy avara y un abuelito muy viejo... El día que conoció usted a mi madre llevaba usted un traje marrón a rayas...

LUCIANO.—¿Está usted seguro?

GERARDO.—¡Segurísimo...! No basta esto, ¿verdad? Bueno, pues voy a dar a usted la prueba más decisiva. (*Pausa.*) Vamos a ver... ¿Qué interés tendríamos en mentir?

LUCIANO.—¡Eh!

GERARDO.—Yo tengo una madre... Tengo un padrastro... Peseemos cuanto es preciso para vivir tranquilamente... Si hemos esperado tantos años no ha sido para venir a pedirle nada... No lo hemos hecho cuando la situación de mi madre y la mía era difícil... Hoy tenemos de sobra... ¿Qué interés puede ser el nuestro?

LUCIANO.—Sí, sí. Verdaderamente... pero es una cosa esta tan inesperada...

GERARDO.—Eso sí... ¿Qué? Ahora... ¿abrirá usted los brazos...?

LUCIANO.—Realmente, cuando le miro... me parece descubrir una semejanza... pero ¿en qué?... Quizá la voz... Al oírle creo...

GERARDO.—Mire usted, papá. (Permítame usted que le llame así...) Yo he atravesado el Océano para conocerle... Vengo y le digo: "Soy su hijo..." ¿No le basta? (*Luciano ha abierto la carta y la lee. Deja la carta sobre la mesa.*)

LUCIANO.—Sería una mala acción... una acción perversa... si todo esto fuera una impostura.

GERARDO. (*Emocionado.*)—¡Oh!

LUCIANO.—Míreme usted bien... Frente a frente... Así... (*Se acerca a él.*) Entonces... es verdad... Yo tengo un hijo... Un hijo que es todo un hombre... ¡Y no lo sabía!

GERARDO.—Un hijo que le quiere hace mucho tiempo... (*Luciano le abraza y le besa.*) ¡Ah! ¡Qué contento estoy! ¡Qué contento!

LUCIANO. (*Emocionado.*)—Y yo también... ¿De modo que... veintiún años...?

GERARDO.—Veintiún años... Ya lo ves... Perdona... En inglés no existe el tuteo... Pero en América sí... ¿Quieres que nos tuteemos?

LUCIANO.—Naturalmente... (*Pausa.*) Te advierto que esta

ria va a tener... va a tener dificultades... Porque... debo
rtirte que yo... no soy libre.

ERARDO.—Ya lo sé... Te has casado hace tres meses con
ñorita Irene Cavalier, que tiené diez y nueve años...

UCIANO. (*Sorprendido.*)—¡Pero tú lo sabes todo!

ERARDO.—¡Claro! No te importe... Si es menester que nos
temos... pues bien... yo te querré lo mismo y nos veremos
ecreto...

UCIANO. (*Decidiéndose.*)—¡Ah! No... Eso sería estúpido...
hijo como usted, dígo, como tú... se le puede presentar en
s partes... (*Pausa.*) Perdona, hijo mío... Tú eres mi hijo,
dad? Como es... que... vamos... Dime tu nombre...

ERARDO.—Gerardo.

UCIANO.—Gerardo... (*Le contempla.*) Es gracioso... Gra-
o... Ya lo ves... Ahora me parece gracioso... Sí, sí... Muy
rtido...

ERARDO.—Pero, ¿lloras?

UCIANO.—Sí... Es decir, no... Bueno, no sé... Dame un
azo... Hijo mío... Siento una cosa más rara.

ERARDO.—¡Oh! ¡Tengo un padre sentimental!

UCIANO.—Verás... Vas a contarme tu vida... Yo te llevaré
das partes... Te lo enseñaré todo... Los monumentos...

ERARDO.—¿No te parece que ya he pasado de la edad de
los monumentos?

UCIANO.—Tienes razón... Pero no importa... Lo verás to-
... Te llevaré a todas partes... (*Lllaman.*) Adelante...

ULIÁN.—Señor... El chico de telégrafos trae otros tres
pachos dirigidos a un nombre que no conocen en la casa.

ERARDO.—Serán para mí... De seguro...

UCIANO.—¿A ver? Gerardo Morrison... El mismo... ¿Has
no que te los dirigieran aquí?

ERARDO.—¡Claro!

UCIANO. (*A Julián.*)—Trae. (*Coge los telegramas y los
a a Gerardo.*)

ULIÁN.—Hay ocho más que he devuelto y que se pueden
amar a Telégrafos.

UCIANO.—¡Ocho más! Por lo visto piensan en ti allá lejos.
erardo abre los despachos y se los guarda.)

ERARDO.—Sí...

UCIANO.—¿En qué hotel estás?

ERARDO.—En ninguno... He venido aquí desde la estación.
s equipajes están abajo en un ómnibus...

UCIANO.—Has hecho bien... Tu casa es esta y no el hotel.

ERARDO.—No, no lo he hecho por eso... Es que tenía prisa
lese de verte... Pero no pensaba quedarme aquí...

UCIANO.—Sin embargo eso es lo que debe ser... Ahora que...

GERARDO.—No, no... Si lo comprendo... No te preocupes. Yo me voy a un hotel ahora mismo.

LUCIANO.—No... Mira, es curioso... Me molesta que seas... Escucha... Hay que jugarse el todo por el todo... (ma.) Yo tengo un primo que está en África... Algunas veces ha venido a vivir conmigo... Vamos a tratar ahora de hacerle pasar por él. (JULIÁN entra.) Julián, sube el equipaje del señor y prepara la cama en el diván del gabinete.

JULIÁN.—¿El señor va a vivir aquí?

LUCIANO.—Sí... Va a vivir aquí... Te estarás el tiempo que quieras...

GERARDO.—¡Oh! El tiempo es ilimitado...

LUCIANO.—Venga usted conmigo, Julián... (A Gerardo.) Creo que estarás muy bien en el gabinete. Espérame un momento. Julián, el señor no es un amigo... Es...

GERARDO.—Soy un pariente lejano...

LUCIANO. (Sonriendo.)—No. Que viene de lejos... (Vase Julián.)

ESCENA X

GERARDO; luego, ESTEBAN.

(Al quedarse solo Gerardo, comienza a pasear de un extremo a otro, se frota las manos y da señales de una enorme alegría. Después se calma, saca los telegramas del bolsillo, se sienta junto al bureau y escribe en un carné la orden del Juzgado. De pronto oye el ruido de la puerta al abrirse y se vuelve. Es ESTEBAN. Deja el panel de jué sobre la mesa.)

ESTEBAN.—¡Ah! Perdóneme usted... Creía que Luciano estaba solo... ¿No ha salido?

GERARDO.—¿Es usted de la casa?

ESTEBAN.—Soy un amigo de Luciano.

GERARDO.—Yo soy Gerardo Morrisón.

ESTEBAN.—Encantado de conocerle... Yo soy Percheron Esteban Percherón.

GERARDO.—¡Ah! Percherón... ¿Habla usted inglés?

ESTEBAN.—No, no, señor...

GERARDO. (Descantado, aparte.)—¡Bah! ¡Es un francés!

ESTEBAN.—¡Qué bien ha hecho usted en dirigirse a Luciano, no, para sus trabajos... Luciano es un arquitecto eminente. Claro que debiera trabajar menos. Pero, claro..., está solicitado... Le llueven los encargos de todas partes. Tiene una de las mejores situaciones de París... Ahora está haciendo un rascacielos.

GERARDO. (*Tranquilamente.*)—¿Por qué me cuenta usted todos esos infundios?

ESTEBAN.—¿Eh?

GERARDO. (*Enseñando el papel.*)—Yo estoy poco al corriente de las cosas de este país... Soy un hombre de negocios... Pero éste es un papel de justicia... Aquí le reclaman un dinero... Esto es que no lo puede pagar... ¿Es cierto?

ESTEBAN.—Verá usted... Esos papeles... son cosas íntimas.

GERARDO.—Ya lo supongo. (*Entra LUCIANO.*)

ESCENA XI

LUCIANO, GERARDO y ESTEBAN.

LUCIANO. (*A Esteban.*)—¿Qué haces tú aquí?

ESTEBAN. (*Bajo, a Luciano.*)—Calla, hombre... Estaba haciéndote el artículo, a ver si animaba al cliente...

LUCIANO.—Pueno; pues vete ahora.

ESTEBAN.—He querido explicar a este señor tus trabajos...

GERARDO.—No necesito explicaciones. En América tratamos los negocios muy sencillamente. Yo he venido aquí para construir una fábrica, y voy a encargar a este señor arquitecto de la construcción. Ni más, ni menos.

LUCIANO. (*Bajo, a Gerardo.*)—Eso... Eso... Has elegido una magnífica disculpa para despistar... Este no tiene necesidad de saber...

GERARDO.—Ahora, elegiré los terrenos... y el señor arquitecto hará el proyecto. Yo traigo la representación de unas cuantas casas fuertes de Nueva York.

LUCIANO. (*Bajo, a Gerardo.*)—Muy bien... Muy bien.

ESTEBAN. (*Bajo, a Luciano.*)—¡Chico, me parece que has hecho tu suerte!

GERARDO.—Como no conozco las costumbres establecidas aquí, prefiero no tratar directamente con los operarios. El arquitecto se entenderá con ellos... (*Se acerca a la mesa y saca un talonario.*) Le daré un cheque para estos primeros gastos... Supongo que bastarán cinco mil dólares...

ESTEBAN. (*Asombrado.*)—¡Cinco mil dólares!... Al cambio, eso hace...

GERARDO.—Es la cantidad que nosotros tenemos costumbre de entregar... (*Firma y entrega el cheque a Luciano.*) Y ahora me permitirá usted, señor arquitecto, que le haga varias preguntas.

LUCIANO. (*A Esteban.*)—Déjanos, Esteban.

ESTEBAN. (*A Luciano.*)—¡Que sea enhorabuena! (*Vase.*)

ESCENA XII.

LUCIANO y GERARDO.

LUCIANO.—Gracias... Has hecho divinamente la comedia. A Esteban ya le diré yo la verdad, pero más tarde. (*Devolviéndole el cheque.*) Toma.

GERARDO.—No... Pero... si esto no es una comedia.

LUCIANO.—¿Qué?

GERARDO.—El encargo... La fábrica... El cheque es para ti. Tengo orden de construir una fábrica aquí, en París.

LUCIANO.—¿Tú? Vamos... no me gastes bromas...

GERARDO.—Te digo que vengo para esto... Nosotros tenemos fábricas en todo el mundo, menos aquí.

LUCIANO.—Pero una fábrica... de qué.

GERARDO.—De jabón... El jabón Morrison... El primer jabón del mundo.

LUCIANO.—El jabón Morrison, ¿es tu padrastro? ¡Hola!

GERARDO.—Sí. Morrison es un hombre relativamente considerable. Vale muy caro, como decimos en América. (*Cariñosamente.*) Tú... no... Tú no valdrías nada caro, papá...

LUCIANO.—Pon que no valgo nada. ¿De manera que tengo un hijo millonario?...

GERARDO.—¡Oh! Aquí, sí... Al tipo que está el cambio, multimillonario...

LUCIANO.—Y yo que iba a ofrecerte doscientos francos al mes para tus gastos...

GERARDO.—Los tomaré, los tomaré... Tú eres mi padre y es natural no desairarte.

LUCIANO.—Te aumentaré a cuatrocientos... Para que veas.

GERARDO.—No, no. Eso es demasiado... No sería razonable... Tú eres excesivamente generoso.

LUCIANO.—Y tú demasiado formal.

GERARDO.—Nunca se es demasiado formal... Yo estoy metido en los negocios.

LUCIANO.—Ven... Déjame que te contemple... Es verdad. No te pareces a mí... y sin embargo, tienes el aire de la familia. No cabe duda.

GERARDO.—¿De veras estás contento?

LUCIANO.—¡Que si estoy contento!... Lo único que me preocupa es lo que dirá Irene.

GERARDO.—¡Hay que preguntárselo a ella!

LUCIANO.—¿Tú crees?...

GERARDO.—Naturalmente. Es la mejor manera de saberlo. Si ella no quiere que me quede aquí... pues me iré al hotel. Nos veremos fuera de tu casa...

CIANO.—Tienes razón... Es el único medio. Hay que irle..... y ahora mismo. (*Le mira.*) De todos modos... historia no me rejuvenece... (*Abre la puerta y llama.*) ¡e!... ¡Irene!...

ESCENA XIII

Dichos e IRENE.

IRENE.—Buenas tardes, caballero... (*A Luciano.*) Acaban de llamar de las Galerías Lafayette, para encargarte los nuevos almacenes. Quieren que los edifiques tú.

CIANO. (*Riendo.*)—No te molestes... Es de confianza. (*Gerardo.*) ¿Qué te parece? También quería hacerte el amor... (*A Irene.*) Mira, Irene... Oyeme bien. Voy a darte... ¿cómo decírtelo... Voy a darte una gran sorpresa.

IRENE.—¡Ah! (*Bajo.*) Lo sé... El cheque. Esteban me lo dio.

CIANO.—No... No es eso precisamente. Verás... Antes es preciso que yo te haga... un... un... una...

GERARDO. (*Interviniendo.*)—Una confesión...

CIANO. ¿Confesión? No... Pero sí... Eso es... Pongamos que es una confesión. Verás. Acabo de recibir la visita de un caballero, que ha venido a decirme... (*A Gerardo.*) Es difícil de lo que yo suponía...

IRENE.—¡Dios mío! ¿Qué es? Me asustas...

CIANO.—No te asustes, no. Pero, en fin, allá va. Mira... todo, es preciso que recibas esta noticia acordándote de lo cariñoso que me tienes... con mucha benevolencia. Vamos a ver... ¿Qué harías tú si yo te dijera que... antes de conocerlo está, yo tuve... un hijo?

IRENE. (*Contentísima.*)—¿Un hijo? ¿Tú? Pero ¿ese es verdad?

CIANO.—¡Uff! ¿Qué peso me has quitado de encima!...

IRENE.—¿Un hijo?... ¿Un hijo tuyo?... ¿Y ha sido este el que ha traído noticias de él?

CIANO.—Espera... Espera... Es necesario que yo te explique...

IRENE.—Ya me lo explicarás después. (*A Gerardo.*) Diga usted, caballero, ¿es una niña?

CIANO.—No... Es... es niño...

IRENE. (*A Gerardo.*)—¡Ah! Yo quiero verle en seguida... ¿dónde está ese angelito? ¡Oh! Estoy segura... Será un encanto...

GERARDO. (*Serio.*)—No está mal... ¡Es fuerte! ¡Sano! ¡Tradador!...

IRENE. (A Luciano.)—Pero ¿por qué te lo tenías ca
¿Por qué no me lo dijiste?...

LUCIANO.—Es que... no me atrevía...

IRENE.—¿Cuántos años tiene?

LUCIANO.—Ya es bastante grandecito...

IRENE.—¡Ay, qué rico! ¿Tienes su fotografía?

LUCIANO.—No la tengo aquí. (Pausa.) He de advertir
le tuve cuando yo era muy joven.

IRENE.—Mejor... Lo prefiero... Pero le traeremos
¿verdad? ¡Ay, qué gusto! ¡Qué alegría! Le podremos
con nosotros, ¿no? Dí... ¿Será eso posible?

GERARDO.—¡Claro que sí!

IRENE.—Le pondremos una cunita en nuestra habita

LUCIANO.—No, no... Eso, no... Resultaría molesto...
es un bebé precisamente...

IRENE.—¡Ah!

LUCIANO.—Sí. No creas que es un chico pequeño. No...
muy crecido... muy desarrollado... Sobre todo para los
que tiene.

IRENE.—¡Ay! Yo quiero verle. Tráemele, Tontón... A

LUCIANO.—Es muy fácil. (Se acerca a Gerardo, le co
la mano y le conduce delante de Irene.) Aquí le tienes.
hijo!

IRENE. (Estupefacta.)—¿Eh? ¿Cómo? ¿Este?...

GERARDO.—Sí... Yo lo comprendo... Parece un poco
cuando no se sabe... Pero, sí, señora... Yo soy su hijo.

LUCIANO. (A Irene.)—Tenía yo entonces diez y siete a
Ya sabes... La bailarina inglesa... Me dijiste que co
la historia...

IRENE.—Sí, sí... ¡Ay, caballero... qué grande es usted

LUCIANO.—Como ves, ya no está en edad de dormir
cuna... Pero no cabe duda... Es mi hijo. Se llama Ge
Luciano... como yo.

GERARDO. (Bajo, a Irene.)—Ha sufrido una decepción.
dad? Aunque hubiera venido antes, el resultado sería el
mo... Porque usted debe tener menos años que yo.

IRENE.—Gerardo... ¿quiere usted darme un abrazo?

LUCIANO. (Respirando contento.)—¡Gracias, Dios mío
rardo e Irene se abrazan.)

IRENE. (A Luciano.)—Compréndelo... Me ha cogido
sorpresa. Yo no podía suponer... Pero no importa. Es lo
mo. Dime, ¿a quién se parece?

LUCIANO.—No sé. Pero tiene un parecido con... algu
No cabe duda.

GERARDO.—Lo cierto es que yo estoy emocionado...

lezcó profundamente la acogida que me dispensan (A
no.) ¡Oh! Tengo una madrastra guapísima...

CIANO. (A Irene.)—¿Quieres que se quede a vivir con
ros algún tiempo?

ENE.—He sido la primera en decírtelo. Pero con una sola
ción... Que no quiero que me llame madrastra.

CIANO.—Te llamaré Irene.

ERARDO.—Eso es... (Se vuelve de espaldas y se seca los
rápidamente.) ¡Ea! Ya está... He tenido mucho miedo...
o... Pero ya se acabó. Estoy contentísimo.

ESCENA XIV

Dichos y ESTEBAN.

TEBAN. (Entrando.)—Perdonen ustedes, pero...

CIANO.—¿Qué es lo que quieres, hombre?

TEBAN.—Es que... (Bajo, a Luciano.) Que son ya las
y tenemos que darnos prisa.

ENE. (Señalando a Gerardo.)—Supongo que no tratarás
guir teniéndole oculto.

CIANO.—Nada de eso.

TEBAN. (A Gerardo.)—Soy un antiguo amigo de Lucia-
aballero, y por eso me permito decir a usted que quedará
contento de su trabajo... Ya lo verá usted. Es un artis-
Un gran artista,

ERARDO.—Estoy seguro.

CIANO. (A Esteban.)—¿Has acabado ya?

TEBAN.—¡Hombre! ¡Encima que te piropeo!...

CIANO.—¿Tú sabes a quien estás haciendo el artículo?
¿verdad?

TEBAN.—Podías haberme presentado...

CIANO. Precisamente iba a hacerlo ahora. Mi amigo
ban Percherón, un idiota, amigo mío desde hace veinte
... Mi hijo Gerardo...

TEBAN. (Asombrado.)—¿Eh?

ERARDO. (Sencillamente.)—Papá me ha hablado mucho de
d.

TEBAN.)—Pero... (Frotándose los ojos.) Esta es una
va escena de la revista, ¿verdad?

CIANO. (Sin contestarle. A Gerardo.)—Y ahora caigo,
mío... Nosotros tenemos que asistir a una reunión esta
e... ¡Qué quieres, Gerardo! Son deberes que impone la
de sociedad... Créeme que siento dejarte solo la noche
u llegada.

ESTEBAN. (*Estupefacto.*)—¿Eh? (*A Irene.*) Esto es broma... ¿eh? Una broma.

LUCIANO.—Aprovecha la noche para instalarte. Estar tiguado y necesitarás descanso.

GERARDO.—¡Oh, no!... Yo tengo que trabajar...

LUCIANO.—Hoy, no. Descansa, hombre, descansa.

JULIÁN. (*Entrando.*)—Des telegramas para el señor... da a Gerardo.)

GERARDO.—Gracias. (*A Irene.*)—¿Permite usted?... lee.)

LUCIANO. (*A Irene y Estebán.*)—Me parece que este tre de hijo mío ha dejado una enamorada en su tierra... atrocidad! ¡Qué de telegramas!

ESTEBAN.—Reconoces tu sangre, ¿eh?

GERARDO. (*Protestando.*)—Nada de eso.

IRENE.—¿Son malas noticias?...

GERARDO.—No... Son negocios... Tengo que contestar sobre ha bajado tres dólares y los petróleos han subido

LUCIANO.—¡Ah! ¿Pero son telegramas de negocios?

GERARDO.—Naturalmente. Ahora, cuando os vayáis, chararé yo toda esta correspondencia.

IRENE. (*A Luciano.*)—Como ves, no es lo que tú chabas.

LUCIANO.—Lo veo... Es una pequeña desilusión... un hijo demasiado formal... Anda, ve a vestirse. (*Vase Irene.*)

ESTEBAN. (*A Luciano.*)—Oye... y otra vez, avisa, ¿eh? Tienes un hijo de esta edad... y no decírselo a nadie... (*A Esteban.*)

GERARDO. (*A Luciano.*)—Y tú, también... Es preciso vayas a esa fiesta. No quiero que mi llegada os produzca trastornos.

LUCIANO.—Si vieras lo poco que me divierte hoy esa fiesta.

ESTEBAN. (*Con dos maletas.*)—¡Ea! Ya está todo listo. Aquí van los disfraces.

LUCIANO. (*Llamando.*)—Ya te lo he dicho... Vamos a presentar una revista. Es para dar gusto a Irene...

GERARDO.—Lo que quiero es que no os preocupéis de nada.

LUCIANO. (*A Julián.*)—Mi abrigo. Y dí que preparen para el señor.

GERARDO.—Que me hagan un par de huevos con jamón nada más.

LUCIANO. (*A Julián.*)—Pero que le pongan medio kilo de jamón y media docena de huevos. Y manda traer whisky.

GERARDO. (*Protestando.*)—¡Ah! No. Para mí no. Soy partidario de la ley seca.

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí?

ESTEBAN.—¡Diablo! Tampoco por ese lado justifica el aire de familia.

IRENE. (*Entrando.*)—Pues... hasta mañana, Gerardo.

GERARDO.—Hasta mañana, mamá. Adiós, papá.

ESTEBAN. (*Riendo.*)—¡Ay, que me mondo de risa!

LUCIANO. (*Abrazando a Gerardo.*)—Mañana tenemos mucho que charlar.

GERARDO. (*Se instala en el "bureau" y se coloca unas enormes gafas de concha.*)—Diviértete lo que puedas. Yo tengo que trabajar.

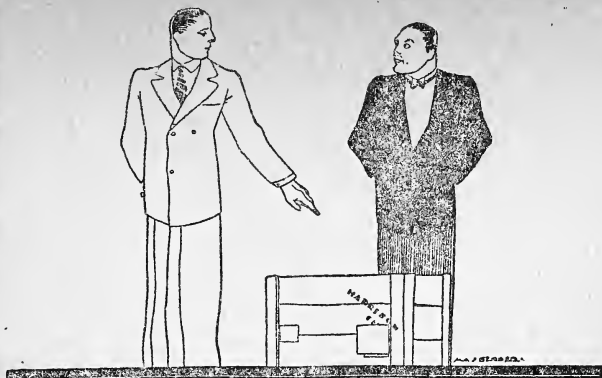
ESTEBAN. (*En la puerta.*)—Ya di con el parecido. ¿Sabes a quién se parece? A tu padre. Es él. Colocado en el "bureau" es él. Así se ponía cuando te regañaba.

LUCIANO. (*Melancólico.*)—Es verdad. Adiós, Gerardo. (*Van-se. Gerardo se levanta y se aproxima a la mesa de dibujar. Pasa un dedo sobre los papeles y le retira lleno de polvo. Inclina la cabeza y vuelve al "bureau". Coge un "bloc-notes" y lee en alta voz.*)

GERARDO.—"Lunes, cena de trajes en casa de los Marcodier. Martes, cuchipanda. Miércoles, baile. Jueves, cena americana..." (*Deja el "bloc", se sienta y vuelve a colocarse las gafas.*) ¡Ah! No. Mi padre no es un muchacho formal.

TELON





ACTO SEGUNDO

misma decoración del acto anterior, ligeramente modificada con
adenda a la seriedad. Han desaparecido los adornos frívolos, los
cortinas, etc. En cambio, se observa un mayor orden; los útiles de
trabajo están más a la vista, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

GERARDO y la MECANÓGRAFA; luego, JULIÁN.

(Gerardo, muy correcto, jovial y laborioso, está dictando el
correo a la Mecanógrafa. Desde los primeros momentos de la
acción ha de verse que ha sido Gerardo el que lo ha trans-
formado todo: la instalación y el material de despacho, que
será ultramERICANO. Gerardo se pasea con las manos a la
espalda y dicta.)

GERARDO. (Dictando.)—"... Now y expect for your answer,
yours truly..." (Pausa.)

MECANÓGRAFA. (Repite.)—"... yours truly..."

GERARDO. (Hablando.)—"It is all? Y dent think we have
ny other letters to-day?"

MECANÓGRAFA. (Acento inglés.)—"No hablemos inglés, ¿quiere
usted?"

GERARDO.—Tiene usted razón. Quiere usted perfeccionarse.
Hace usted bien. (Pausa.) Bueno. Creo que no hay más car-
tas...

MECANÓGRAFA.—¿Desea usted alguna otra cosa?

GERARDO.—Sí. (*La mira.*) Pero ¿qué es eso? ¿Ha cambiado usted de peinado? ¿Por qué?

MECANÓGRAFA.—Me lo ha aconsejado una amiga de aquí.

GERARDO.—Mal hecho. Yo la recibí a usted porque su manera de peinarse era muy americana. Ahora va usted a una mecanógrafa como las de aquí. ¿Qué pensará cuando vea su futuro esposo?

MECANÓGRAFA.—¡Bah! No tiene importancia el detalle.

GERARDO.—Ya veo, ya. ¿A usted le gusta París?

MECANÓGRAFA.—Sí. Me gusta. Aquí todos los hombres parecen que están enamorados de la mujer.

GERARDO.—Lo cual no quita para que sea el país donde menos se casa la gente. (*Lllaman.*) Adelante. (*Entra JULIÁN.*)

JULIÁN.—Señor. Traen un cajón que acaba de llegar por el ferrocarril.

GERARDO.—¡Ah! Sí. Pásele usted aquí.

JULIÁN. (*Escandalizado.*)—¿Aquí?

GERARDO.—¡Claro!

JULIÁN. (*Resignado.*)—¡Ah! Bien, bien. (*Vase izquicrdo.*)

GERARDO. (*A la Mecanógrafa.*)—Vaya usted a escribir esas cartas. Ya es tarde. Son cerca de las diez. (*Vase la Mecanógrafa. Entra JULIÁN, que abre las dos hojas de la puerta del foro, y aparecen dos hombres con un enorme cajón. Dejan el cajón arrimado a la pared. Gerardo los da una propina y van.*)

JULIÁN.—¿Hay que abrirle ahora?

GERARDO.—No, no. Puede usted retirarse. (*Vase Julián por el foro. Frótase las manos, satisfecho, Gerardo, mirando el cajón. Por la derecha entra IRENE. Viste sencilla, pero elegantemente. Trae unos papeles bajo el brazo.*)

ESCENA II

IRENE y GERARDO.

GERARDO.—Buenos días, mamá.

IRENE. (*Deteniéndose.*)—¿Cómo me ha llamado usted?

GERARDO.—¡Perdón! Es verdad. Buenos días, Irene.

IRENE. (*Mirando la caja.*)—¡Eh! ¿Qué es eso?

GERARDO.—¿Eso? No lo puedo decir todavía. Es una sorpresa. Una sorpresa para mi querido papá.

IRENE.—Mucho está usted mimando a su padre.

GERARDO.—Sí. (*Viendo los papeles.*) ¿Qué? ¿Ha concluido usted ya el trabajo?

IRENE. (*Dándole los papeles.*)—Naturalmente. Me levanté temprano y en seguida me senté a la máquina. Y ahí tiene usted el resultado. Lo que es ahora ya estoy bien enterada de las excelencias del jabón Morrison... "The first in the world!" (*Pausa.*) Tiene muchas faltas, ¿verdad?

GERARDO.—No, no; nada de eso. (*Pausa.*) Mejor dicho, algunas; no muchas. En tres semanas ha hecho usted grandes progresos.

IRENE.—Que me divierte, ¿sabe usted? Y luego, que así me distraigo y me parece que también trabajo yo. ¿Qué? ¿Tonto no está aquí?

GERARDO.—No. Papá estará en la obra desde primera hora. No le ha visto usted?

IRENE.—No. (*Pausa.*) Anoche tampoco le vi. Cuando tiene mucho trabajo, como ayer, se queda a dormir en el diván del gabinete.

GERARDO.—Es curioso. ¿Por qué ese empeño en trabajar anoche? No lo entiendo. En América la noche la consagra a las alegrías de la familia.

IRENE.—¿Sí? Pues ayer usted nos dejó bien pronto. Apenas acabamos de cenar se marchó usted a la calle.

GERARDO.—Es que..., la verdad..., yo no quiero molestar a ustedes siempre con mi presencia.

IRENE.—¿De veras? ¿Y se pueda saber qué es lo que te da usted que hacer anoche?

GERARDO.—¿Por qué no? Fui a una Academia donde un profesor daba una conferencia.

IRENE.—¡Ah! ¿Y se divirtió usted mucho?

GERARDO. (*Muy serio.*)—¡Oh! ¡Locamente!

IRENE.—¿De qué hablaba?

GERARDO.—De la situación económica en los países balcánicos.

IRENE. (*Riendo.*)—No veo la diversión.

GERARDO. (*Tímidamente.*)—Es que a mí me divierte lo que es instructivo. (*Pausa.*)

IRENE.—Eso que dice usted es demasiado serio para su edad.

GERARDO.—¿Hago mal?

IRENE.—¡Oh! No seré yo quien le censure. Además, el ejemplo de usted en esta casa ha sido muy saludable.

GERARDO.—Sí. (*Pausa.*) Porque ahora mi padre trabaja, ¿verdad?

IRENE.—¡Trabaja! (*Pausa.*) ¡Ya era hora!

GERARDO.—Verdaderamente. Desde que llegué vi que el hogar paterno estaba un poco en desorden.

IRENE.—Un poco...

GERARDO.—Me propuse que las cosas cambiaran y me parece que lo he conseguido... ¿no es verdad?

IRENE.—Es usted muy bueno, Gerardo.

GERARDO. (*Serio.*)—Realmente, soy..., no sé; pero, en es natural... Quiero que mi padre sea feliz. Y para ser feliz tiene que ser rico, muy rico.

IRENE. (*Sonriendo.*)—Sin embargo, se dice que el dinero no es la felicidad.

GERARDO.—Pero, por si acaso, yo quiero que mi padre sea millonario.

IRENE.—No será yo la que lo sienta. Y no crea usted, a no me atrae el dinero.

GERARDO. (*Asombrado.*)—¿No?

IRENE.—No. Pero sé que es indispensable que mi marido trabaje. La ociosidad no ha sido útil a nadie. Y a él menos.

GERARDO. (*Emocionado.*)—Usted es muy buena y muy razonable. Habla usted como una señora de edad.

IRENE.—¡Qué remedio! Mi marido, en cambio, es un caparazón. Había que compensarlo todo. En fin, ¿qué? ¿No da usted más trabajo? Pues voy a dar un vistazo a la oficina. Esto también parece que no es nada. Pero da trabajo. Hasta luego, mi querido jefe.

GERARDO.—Adiós, querida secretaria. (*Vase Irene.*)
muy buena esta joven mamá. (*Silba alegremente, se sienta a la mesa y empieza a escribir. Suena el teléfono.*) ¿Eh?
¿Quién? ¡Ah! ¿Es usted, el contratista? Sí, sí. Aquí, Gerardo Morrison. ¿Qué es ello? ¿Cómo? Detenidos los trabajos. Pero ¿por qué? ¿Que el señor Landier no ha parecido por las obras? Bien, bien. Perdóneme usted. Voy a enterarme. (*Cuelga el aparato. Se levanta. Da unos pasos inquieto. Entra Julián.*)

ESCENA III

GERARDO y JULIÁN.

JULIÁN.—¿Llamaba el señor?

GERARDO.—Sí. ¿Y mi padre? ¿Dónde está?

JULIÁN.—¡Ah! Eso...

GERARDO.—Creí que había ido a las obras. Me dicen que le han visto hoy.

JULIÁN. (*Tranquilamente.*)—Eso será que el señor se quedó dormido.

GERARDO. (*Saltando.*)—¿Dormido? ¿Cómo dormido? ¡A las diez de la mañana!

JULIÁN.—En París ésa es una hora muy razonable.
GERARDO. (*Después de una pausa.*)—¡Vaya usted a despertar!
JULIÁN.—¿Despertarle? No va a ser cosa fácil.
GERARDO.—Vaya usted en seguida.
JULIÁN.—¡Bien, bien! (*Aparte.*) (Este señorito joven resulta un poco molesto.) (*Vase Julián.*)

ESCENA IV

LUCIANO, GERARDO y JULIÁN.

(*Gerardo se pasea nervioso. Su buen humor ha desaparecido. Mira el reloj, mueve la cabeza contrariado. Al cabo de un momento entra JULIÁN.*)

JULIÁN.—El señor estaba trabajando en la cama. Ahora viene.

GERARDO. (*Escandalizado.*)—¡Trabajando en la cama! Aparece LUCIANO. Viste una capa de baño. Acaba de levantarse. Trae los cabellos en desorden.) Buenos días, papá.

LUCIANO. (*Medio dormido.*)—¿Has dicho que me despertaron? ¿No podías dejarme dormir un domingo?

GERARDO.—¿Cómo un domingo? Si hoy es jueves.

LUCIANO.—¿Estás seguro?

GERARDO. (*Cogiendo el calendario.*)—Míralo.

LUCIANO.—Es verdad. Es curioso. Pues yo hubiera apostado a... (*Bosteza.*)

GERARDO.—He dicho que te despertaran porque el tiempo apremia.

LUCIANO. (*Dócilmente, vuélvese a Julián con un ligero tono de reproche.*)—Sí, es verdad. El tiempo apremia. ¿Por qué me ha llamado usted?

JULIÁN.—Perdone el señor; pero yo creí...

GERARDO. (*Brutalmente.*)—¡Váyase de aquí! ¡No saben ustedes cumplir con su obligación! (*Vase Julián.*)

LUCIANO.—Cálmate, hombre. Ten más cuidado. Eres demasiado duro con Julián. Piensa que está conmigo hace muchos años.

GERARDO.—Perdóname, pero estoy contrariado. Hemos perdido medio día de trabajo. Tú debías haber ido esta mañana con los planos para repartir la tarea.

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Te parece que hago poco todavía? Sabes hasta qué horas estuve trabajando anoche? No, ¿eh? Pues hasta las dos!

GERARDO.—En efecto: tienes la cara fatigada.

LUCIANO.—¡Que si estoy fatigado! ¡Como que apenas si puedo tenerme en pie! (*Paladeando.*) Y luego tengo una sed. De buena gana me tomaría ahora un "whisky".

GERARDO.—Papá, ¡por Dios! Ya sabes que el médico te ha prohibido el alcohol.

LUCIANO.—No, mi médico no. Ha sido el tuyo. Tu médico americano.

GERARDO.—Te traje mi médico porque vi que estabas malo y quería que te reconociese.

LUCIANO.—Y muy mal debió encontrarme, porque ese hábito de un golpe nos ha suprimido el tabaco, el vino y el alcohol.

GERARDO. (*Sentencioso.*)—¡El alcohol mata o enloquece!

LUCIANO.—Sí, hombre, sí. Y el juego es la perdición de los hombres, ¿verdad? (*Le mira compasivo.*)

GERARDO.—Yo sé que siguiendo el régimen que te han recomendado estarás más ágil.

LUCIANO.—No será hoy. (*Pausa.*) No. Lo que es hoy me siento débil, muy débil. Como que me parece que voy a volverme a la cama. (*Molesto.*) A ti te parece raro que pueda tener una necesidad de sueño. ¡Qué quieres, hijo! ¡Cuando tengas tú mis años...!

GERARDO.—¡Bah! Tus años...

LUCIANO. (*Irritándose.*)—Lo que quieras; pero tengo ganas de volver a acostarme. Esto es el colmo ya. No va uno a tener derecho a ponerse enfermo.

GERARDO. (*Vivamente.*)—¿Pero estás malo?

LUCIANO.—¿Yo? No. No se trata de eso ahora. Además desde el momento que me habéis despertado, ya se acabó el sueño. No hay que pensar en dormir. Lo que sí quiero que sepas es que me parece ridículo esto de que yo tenga que disculparme delante de mi padre.

GERARDO.—¿Eh?

LUCIANO.—No, no. He querido decir delante de mi hijo (*Furioso.*) Es natural que me equivoque. Te juro que hay momentos en que no sé cuál de los dos es el hijo, tú o yo.

GERARDO. (*Ingenuamente.*)—Soy yo.

LUCIANO. (*Irónico.*)—Sí, ¿eh? Gracias por la noticia.

GERARDO.—¡Chist!

LUCIANO.—¿Qué? ¿No voy a poder hablar?

GERARDO.—No digas nada. Mira... (*Le enseña la caja.*)

LUCIANO.—¿Qué es eso?

GERARDO.—Una sorpresa para ti. ¿No es hoy tu cumpleaños?

LUCIANO. (*Halagado.*)—¡Ah! (*Pausa.*) Te agradezco el regalo.

Gerardo. Es verdad. Es mi cumpleaños hoy. Cumple treinta y nueve. Y me parece que los llevo bien, ¿eh?

GERARDO.—¡Me ha gustado tanto que llegara esto hoy precisamente!

LUCIANO. (*Interesado.*)—Eres muy amable. Pero, dime: ¿qué viene ahí dentro? Debe ser una cosa enorme.

GERARDO. (*Frotándose las manos.*)—¡No te lo puedes figurar!

LUCIANO.—¡Ah! No. Eso desde luego. Pero ¿qué es? ¿Un cine de salón? ¿Un mueble antiguo? ¿Un oso vivo? (*Pausa.*)

GERARDO. (*Orgulloso.*)—¡Es toda la colección de muestras del jabón Morrison!

LUCIANO. (*Estupefacto.*)—¡Eh! ¿Qué dices?

GERARDO.—Y voy a darte la gran noticia, querido padre... A partir del día de hoy eres el agente general del jabón Morrison para Francia, Bélgica y los Países Bajos. ¿Eh? ¡Permíteme que te felicite! (*Le estrecha las manos y le abraza.*)

LUCIANO. (*Aterrado.*)—Pero... (*Se sienta.*) Bueno... Esto no puede ser.

GERARDO.—Estás contento, ¿verdad?

LUCIANO. (*Dolosamente.*)—¡Eso no es posible, hijo mío! Tú quieres mi muerte!

GERARDO.—¡Yo quiero que seas feliz!

LUCIANO.—Evidentemente... Tú crees hacerme un favor. (*Mira horrorizado la caja.*) ¡Bonito porvenir!

GERARDO. (*Orgulloso.*)—En esa caja tienes nada menos que ciento treinta y cuatro clases diferentes de jabón.

LUCIANO.—¡Hay para odiar la limpieza por todo el resto de nuestros días!

GERARDO. (*Golpeándole amistoso.*)—Vamos, papá; hay que animarse. Piensa en lo ocupado que vas a estar ahora. Tendrás que entenderte con los viajantes, telefonar, despachar la correspondencia y al mismo tiempo dirigir las obras de la fábrica.

LUCIANO. (*Irónico.*)—No se te ocurre nada más, ¿eh? (*Pausa.*) ¡Valiente educacioncita te han dado!

GERARDO.—Figúrate... A los diez años me pusieron a barrer las oficinas; a los doce era ya empleado... Animo, papá. Estás decidido. ¿verdad?

LUCIANO.—¿Que si estoy decidido? Ya lo crec. (*Aparte.*) (*Ya verás tú a lo que estoy decidido.*)

GERARDO.—¿Sabes cuánto vas a ganar todos los años? Pues probablemente diez..., quince mil dólares. Ahora que tendrás que moverte mucho.

LUCIANO. (*Irónico.*)—Hay que ver. ¡Qué cosas tan agradables me dices!

MECANÓGRAFA. (*Entrando.*)—La señorita Oposum tele-
nea para preguntar si irá hoy a verla el señor arquitecto.

LUCIANO.—¡Ah! Sí. Es verdad. Lo había olvidado. Dígan-
que sí, que iré. (*Vase la Mecanógrafa. Luciano se frota
manos.*) Es un encargo que me hicieron ayer... La con-
trucción de un hotelito de recreo.

GERARDO.—¡Así me gusta! Veo que el mucho trabajo no
asusta.

LUCIANO.—Sobre todo éste.

GERARDO.—*Well!* Eso está bien. Me alegra mucho verte tan
animado.

LUCIANO.—¿Sí? Pues mejor que mejor. Oye... (*Señalan-
la caja.*) ¿Dejaremos eso ahí?

GERARDO.—Naturalmente. Mañana te explicaré todo lo que
tienes que hacer. Hasta luego, ¿eh? No olvides las obras
de la fábrica...

LUCIANO.—No pienso en otra cosa, hijo mío.

GERARDO.—*Well!* Te dejo. Voy a trabajar un poco. (*Vase*

ESCENA V

LUCIANO; luego, JULIÁN.

(*Luciano ve salir a Gerardo con una cómica resignación.*)

LUCIANO. (*Toca el timbre.*)—¡Ah! ¡No, no... y no! ¡Es-
¡No aguanto más! ¡Esto se acabó! ¡Se acabó! Esta situación
es ya imposible. (*A JULIÁN, que entra.*) Oye, Julián: tráeme
una camisa blanda y un traje de casa.

JULIÁN.—En seguida, señor. (*Le ayuda a quitarse la bata.*
*Aparece LUCIANO vestido de frac, en mangas de camisa; es-
ta es, sin el frac. La pechera y el cuello de la camisa, arrugados
simos. La corbata, colgando.*) ¡Cómo! ¿Pero el señor se ha
acostado vestido?

LUCIANO. (*Vistiéndose rápidamente.*)—Tú verás. He en-
trado esta mañana en casa con el lechero... No tuve fuer-
zas más que para tumbarme en el diván. No me tenía e-
pie. ¡Y qué bien lo he pasado, querido Julián! Estuve con
Maxim. Ha sido una noche completa. (*Se cambia de ropa
mientras habla.*) Es verdad que tengo un hijo que ya es un
hombre; pero..., que lo creas o no, no puedes figurarte lo
que rejuvenece tener un hijo tan grande.

JULIÁN.—El señor puede estar satisfecho de tener un hijo
tan serio. Todas las mañanas el señorito Gerardo telefonea
dicta, escribe... ¡No descansa un momento!

LUCIANO.—Es muy listo... (*Incomodándose repentinamente*) ¿Y tú? ¿Qué pineas tú de todo esto?

JULIÁN.—Señor... Yo lo único que puedo decir es que, desde hace quince años que estoy al servicio del señor, hasta hoy no había cobrado nunca con puntualidad...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí?

JULIÁN.—Pero... a pesar de eso... Echo de menos las épocas en que no cobraba al corriente...

LUCIANO.—Gracias, Julián... Eso que me dices es muy agradable... Pero tranquilízate... Los tiempos que echas de menos volverán... Ya lo creo que volverán... Y más pronto de lo que tú crees... Puedes retirarte, Julián... (*Vase Julián. Luego se instala en el bureau.*)

ESCENA VI

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—Decididamente tendré que poner remedio a este estado de cosas...

IRENE.—¡Hola...! ¿Estás aquí? (*Se acerca y le besa.*) ¿Has vuelto ya de la obra? ¡Chist! ¡Chist! A callar... Sigue trabajando... Yo no quiero molestarte... (*Se dirige a la puerta.*)

LUCIANO.—¡Espera! ¡Espera! Tengo que hablarte...

IRENE.—No, no... Ahora no... No quiero distraerte... Ya hablaremos luego, a la hora del almuerzo...

LUCIANO.—Te digo que vengas... Ha de ser ahora...

IRENE.—¿Tienes algo importante que decirme?

LUCIANO.—Muy importante... En primer lugar... apenas te veo.

IRENE.—Debiera ser yo la que me quejara de eso...

LUCIANO.—Entonces, ¿a ti te parece natural?

IRENE.—No creas que me gusta, no...

LUCIANO.—¡Pues cualquiera lo diría!

IRENE.—¿Sí? Repítelo otra vez... y te pego...

LUCIANO.—¡Mujercita mía querida! Ven... Fíjate en lo que voy a preguntarte... ¿Conoces un sitio que se llama Robinson?

IRENE.—¡No lo voy a conocer...! Si fué allí donde nos vimos por primera vez...

LUCIANO.—Celebro que no lo hayas olvidado... Pues bien... A las once y cuarenta sale un tren para Robinson...

IRENE.—¿Sí?

LUCIANO.—A las doce y media estaremos tú y yo almorzando alegremente como dos tórtolos... en Robinson.

IRENE.—¿Qué dices?

LUCIANO.—Ni una palabra más... Ve a vestirta.

IRENE. (*Asombrada.*)—Y Gerardo, ¿viene con nosotros?

LUCIANO. (*Violentemente.*)—¡Ah! ¡No!... (*Pausa.*) A más, no hay que decirselo...

IRENE.—Pero entonces... no comprendo... ¿Quieres que vayamos a almorzar al campo?

LUCIANO.—¡Claro! Y puede que comamos también... Y saremos el día y la noche, y puede que más días y más noches... Acaso un año entero.

IRENE. (*Asombrada.*)—Pero, ¿y los negocios?

LUCIANO.—¡Déjame en paz de los negocios!

IRENE. (*Le mira sonriendo.*)—¡Qué chiquillo eres!

LUCIANO.—¿Qué?

IRENE. (*Cariñosamente.*)—¡Y puede que de veras te parezcas eso bien!

LUCIANO. (*Desarmado.*)—¿Cómo? Pero, ¿no quieres? ¿Por qué no quieres?

IRENE.—Yo no te digo más que una cosa... Pregunta a Gerardo a ver si eso es posible.

LUCIANO. (*Levantando los brazos.*)—¡A Gerardo! ¡Y dices con Gerardo! ¿Qué tiene que ver mi hijo en todo esto? ¿Por qué voy a tener que pedir yo permiso a ese chiquillo?

IRENE.—Ese chiquillo es mucho más formal que tú...

LUCIANO.—¡Ea! Ya pareció la formalidad... Lo esperaba. Sí... Entonces, ¿qué? ¿No quieres venir? Piénsalo bien... Mi hijo que es grave...

IRENE.—Pero, hombre... compréndelo... Irse así, de repente.

LUCIANO.—Bien, bien... Está bien... (*Pausa.*) ¡Soy un esclavo! ¡Abajo la tiranía!

IRENE.—¿Te enfadas?

LUCIANO.—¡Déjame! ¡Te lo suplico!

IRENE.—En vez de hablar así de tu hijo... deberías pensar lo que ha hecho por ti... Fíjate bien en tu situación de hoy.

LUCIANO.—Ya lo sé... Es mi hijo el que se preocupa de proporcionarme una situación... A mí... ¡A su padre! Muy bonito... ¡El mundo al revés!

IRENE.—No eres justo... Si no fuera por él, ¿qué sería de nosotros?

LUCIANO.—Pues que viviéramos tan contentos como antes.

IRENE.—No podemos estar riéndonos toda la vida...

LUCIANO.—¡Tú no tienes edad para pensar esa insensatez!

IRENE.—Tener un hijo como Gerardo, y...

LUCIANO.—Ya sé lo que vas a decir... Y no saber ser padre. ¿Verdad? Entonces, ¿qué quieres? Ponerte tú a escribir a mi

ina y yo a vender jabón... Esto, a los cuatro meses de ca-
ses... ¡Preciosa luna de miel!
JULIÁN. (*Entrando.*)—El señor Percherón...
LUCIANO.—¡Ah! ¡Que pase! ¡Que pase! (*Vase Julián.*)
IRENE.—¡Vaya por Dios! Este va a distraerte del trabajo...
LUCIANO.—Y si yo quiero distraerme, ¿qué?
IRENE.—Nada, nada... Ya lo sé... ¡Qué criatura eres!
LUCIANO.—Sí, sí... Criatura...
IRENE. (*Sonriendo.*)—Bueno... Te dejo... Hasta luego...
bebé! (*Vase Irene.*)

ESCENA VII

LUCIANO y ESTEBAN.

LUCIANO. (*Respirando.*)—¡Uff! (*Entra ESTEBAN.*) ¿Eres
? Ven aquí... ¿Te llevaron mi carta?
ESTEBAN.—¡Claro! La prueba es que me he levantado a es-
s horas... (*Pausa.*) ¿Y qué?... Todo sigue igual... Tú...
ufriendo!
LUCIANO.—No lo sabes bien... Pero, eso sí... Hoy me deci-
... Hoy, mi querido Esteban... ¡*Alea jacta est!*
ESTEBAN.—¿Qué quiere decir eso?
LUCIANO.—Pues quiere decir... ¡Al cuerno todo! ¡A vivir!
ESTEBAN.—¡Hola!
LUCIANO.—¡Créeme! La situación ha llegado ya a ser impo-
ble...
ESTEBAN. (*Riendo.*)—Entonces... ¿qué? ¿El joven Gerardo
continúa...?
LUCIANO.—¿Que si continúa? ¿Sabes lo que me ha anunciado
sta mañana, como desayuno? ¡Que me nombra representante
eneral para la venta del jabón en media Europa! Ahí tienes...
sa es la caja de las muestras...
ESTEBAN.—Oye, pues eso te va a producir mucho dinero,
eh?
LUCIANO.—No te digo que no, pero me tiene sin cuidado...
ya no puedo más... Desde hace cinco semanas estoy con
os pies metidos en barro en las obras... No tengo libertad
ara beber, ni para reír... ¡ni para nada!
ESTEBAN.—¿Y qué dice Irene?
LUCIANO.—Irene... Ahora acabo de hablar con ella... ¡Está
ncantada! ¡Encantada! Todo lo que hace Gerardo la parece
agnífico...
ESTEBAN.—¡Vaya, hombre! Veo que está la casa cambiada...
Todo aquí se ha formalizado... El único que sigue sin tomar
a vida en serio eres tú...

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? Pues mira, para comenzar, hoy morzaremos los dos juntos... Y hasta es posible que acompañe alguien...

ESTEBAN.—¿Sí, eh? Eso es grave... ¿Mujer?

LUCIANO.—¡Claro! Depende de una última conversación voy a tener con Gerardo... Si no me da resultado...

ESTEBAN.—¡Te lanzas al mundo!

LUCIANO.—¡Tú lo has dicho!

ESTEBAN.—No está mal pensado.

ESCENA VIII

DICHOS; JULIÁN; luego, el REVERENDO; después, GERARDO

JULIÁN.—Una visita para el señor... y para el señorito Gerardo... Es un señor cura, inglés.

LUCIANO. (*A Esteban.*)—¿Eh? ¿Qué te parece? Bueno, bueno... Dígaselo usted a mi hijo...

JULIÁN.—¿Le dejo esperando en el vestíbulo?

LUCIANO.—No, hombre... Que pase aquí... (*Vase Julián*) Ahí tienes, ¿eh? Ahora un cura... (*Entra el REVERENDO HOLIDAY, hombre de edad, rubicundo y jobial.*)

REVERENDO.—¿El señor Lautier...?

LUCIANO.—Servidor...

REVERENDO.—¿El padre de Gerardo Morrison?

LUCIANO.—El mismo.

REVERENDO.—Soy el Reverendo Holiday... un amigo de familia Morrison.

LUCIANO. (*Secamente.*)—Muy bien... (*Presentándole.*) amigo Esteban Percherón...

REVERENDO.—Caballero... (*A Luciano.*) He venido a impuntar a ustedes...

LUCIANO.—Nada de eso... ¡Ah! Aquí está mi hijo... (*Entra GERARDO.*) Dejo a ustedes juntos...

GERARDO.—¿Qué tal, señor Reverendo?

REVERENDO.—“¡Good morning”, Gerardo! (*A Luciano.*) No se vaya. Mi visita es también para usted... Vengo a dar gracias...

LUCIANO.—¿A mí?

REVERENDO.—Por la donación que ha hecho usted a la fundación que dirijo...

LUCIANO. (*A Gerardo.*)—¿Que yo he hecho una donación? ¿Yo?

GERARDO. (*Bajo a Luciano.*)—Me he permitido dar cien duros en tu nombre...

LUCIANO. (*Bajo.*)—¡Caray...! Cien dólares... ¡No eres tú diel

REVERENDO.—La donación merecía que yo viniera a dar a usted las gracias personalmente...

ESTEBAN.—¿Qué institución es la que dirige?

REVERENDO.—No tiene nombre... Son muchachas de diversas edades... Las tengo así... (*Ademán.*) Y así... (*Ademán.*) hasta así... (*Ademán.*) Y todas encantadoras...

LUCIANO.—¡Ah, sí!... ¿Son niñas...?

REVERENDO.—Sí, señor... Las hay morenas, rubias y rubias bigenadas... Y todas ellas poseen las pantorrillas más bonitas que el Creador ha echado al mundo...

ESTEBAN. (*Sorprendido.*)—¿Eh?

REVERENDO. (*Tranquilamente.*)—Soy el Pastor encargado de dirigir la Casa de las "Dancing-Girls" en París...

LUCIANO. (*Sonriendo.*)—¡Hola! ¡Hola!

ESTEBAN.—¡Es una institución muy interesante!

REVERENDO.—Sí... Ya adivino lo que ustedes piensan... Ustedes dirán... ¡Vaya un carguito el de este Reverendo!

ESTEBAN.—No, no señor... Yo, por mi parte, pienso que no debe usted aburrir...

GERARDO.—¡Ah! Eso no... El Reverendo tiene mucho trabajo... (*Bajo.*) ¡Es un Santo! ¡Un verdadero Santo!

REVERENDO.—Verdaderamente, entre los sermones, los ensayos, los consejos privados... Porque, claro, me consultan muchas veces...

ESTEBAN.—Dígame usted, señor Reverendo... ¿se puede visitar la Institución?

REVERENDO.—Desde luego... Yo tendré mucho gusto en enseñársela... Un día que no estén las "Girls"...

LUCIANO.—Pero tome usted asiento...

REVERENDO.—Mil gracias... Es verdad... Ya no tengo las piernas que tenía a los veinte años... (*Gerardo le ofrece un sillón.*)

ESTEBAN.—En una palabra, que usted es el Pastor de la Danza.

REVERENDO.—Justamente. Tengo a mi cargo varios tem-
plos: Folies Bergeres, el Casino de París, el Moulin-Rouge... (*A Luciano.*) Y ahí tiene usted por qué, hace años, tuve ocasión de conocer y tratar a la madre de este joven.

ESCENA IX

DICHOS e IRENE.

IRENE.—¡Ah! Es el Reverendo señor Holiday, ¿verdad? Gerardo me ha hablado mucho de usted...

REVERENDO. (*Mirándola extasiado.*)—¡Oh, señora! Encantado... ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué carrera tan espléndida ha despedido usted!

LUCIANO.—¿Eh?

REVERENDO.—Con esos pies... y esa figura... ¡Oh! Perdón ustedes... Es la costumbre...

LUCIANO. (*A Irene.*)—Ahí tienes, lo que te has perdido.

IRENE.—La verdad es que no comprendo... (*A Esteban.*) ¡Ah! Esteban... ¿ya de vuelta? (*A Gerardo.*) Supongo que el señor Holiday se quedará a almorzar con nosotros...

REVERENDO.—Muy agradecido... Ya sé que ha sido usted tan amable que ha aceptado el patronato de nuestro Arzobispado de Navidad.

LUCIANO. (*A Esteban.*)—(¿Oyes? También se habían caído esto... Me parece que sí, que vamos a almorzar tú y yo solos.)

ESTEBAN.—(Te advierto que a mí no me han invitado.)

LUCIANO.—(¡Mejor!) (*Alto.*) Bueno, yo dejo a ustedes. Voy a ir a hablar con Gerardo.

REVERENDO.—Si estorbo...

LUCIANO.—De ningún modo. (*A Esteban.*) (¿Lo ves?... Ahora, un pastor... Dios sabe la gente que van a meter en esta casa.)

IRENE. (*Al Reverendo.*)—Reverendo, les dejaremos que hablen aquí; pasaremos al gabinete. Yo le enseñaré el camino. Venga usted por aquí... Por aquí. (*Sale Irene por la derecha. El Reverendo la sigue.*)

LUCIANO. (*Empujando a Esteban.*)—Anda, sal tú también. (*Sale Esteban. Cuando Gerardo se dispone a salir, Luciano se detiene.*) No... Tú, quédate. (*Gerardo se detiene. Luciano cierra.*)

ESCENA X

LUCIANO y GERARDO.

GERARDO.—¿Tienes algo que decirme?

LUCIANO.—Sí.

GERARDO.—¿Necesitas algunos datos para la fábrica?

LUCIANO. (*Impaciente.*)—No, hombre, no. Pero ¿tú crees?

e en la vida no hay más asuntos de conversación que tu
órica?

GERARDO.—Es que... compréndelo... Cada día de retraso
presenta una pérdida importante.

LUCIANO. (*Fingiendo asombro.*)—Pero ¿qué manera de ha-
r es ésa? ¡Vaya, hombre! Hay momentos en que me tratas
no si fuera un subalterno tuyo. ¡Olvidas que soy tu padre!

GERARDO.—¡Perdóname!

LUCIANO. (*Después de una pausa.*)—Mira, Gerardo... No
ería tener contigo esta explicación, y acaso sea más conve-
niente para los dos tenerla. Desde que llegaste, te veo diaria-
nte; pero no por eso te conozco todavía bien... Eres un
chacho y has traído contigo tu afecto, tu cariño, tu sim-
tía... pero un poco a la americana, y esto hace que no nos
abemos de entender bien del todo...

GERARDO.—¿No?

LUCIANO.—Fíjate bien. Desde que llegaste, no te vemos más
e para oírte hablar de fábricas, de talleres o de dólares...
da la semana trabajas, y el domingo desapareces... ¡Si a
o se le llama intimidad familiar en América!...

GERARDO.—Es que...

LUCIANO.—Mírame. Tú eres un muchacho joven. Yo no soy
jo. Los que nos vean juntos pensarán que somos dos ami-
s, dos camaradas... Pues bien, seámoslo... ¿No te parece?
amos dos amigos y charlemos un poco como buenos amigos,
como asociados.

GERARDO.—Como tú quieras, papá.

LUCIANO. (*Afectuosamente.*)—Así me gusta... Vamos a ver.
éntame... ¿Qué haces los domingos, que no se te ve? Es
eciso que me lo digas... Necesito saberlo... ¿Cómo pasas
tiempo? ¿Paseas?

GERARDO.—Sí.

LUCIANO.—¿Te gusta la capital?

GERARDO.—¡Oh! Ya lo creo...

LUCIANO.—¿Y las muchachas?

GERARDO.—¿Eh?

LUCIANO.—Digo que habrás visto que aquí son lindísimas
s mujeres... ¿No?

GERARDO.—Sí... Sí... Desde luego. Pero...

LUCIANO.—¡Bah! Conmigo no tienes por qué disimular. Ya
s... Yo, que no soy ningún pollo, sin embargo, me gusta
rlas, admirarlas... Ayer mismo, en el bulevar, a eso de las
s de la tarde, vi a una... ¡Vaya criaturita! Qué nuca... Qué
ejas... Qué piernas... ¡Y cómo trotaba! Claro que tenía mo-
o para correr... Iba a ondularse...

GERARDO. (*Ingenuamente.*)—¿Y cómo lo sabes tú?

LUCIANO.—¿Yo?... Ah, sí. Lo supe... porque... porque la entrar en la peluquería... ¡Claro! En seguida me figuré. Supongo que no irás a pensar que me acerqué a ella...

GERARDO.—Claro que no. Ni muchísimo menos.

LUCIANO.—Tú en mi lugar, sí que la hubieras hablado ¿no?

GERARDO. (*Escandalizado.*)—¿Yo? ¡Papá, por Dios! ¡Qué cosas dices!... (*Pausa.*)

LUCIANO. (*Contemplándole.*)—Oye, Gerardo, ¿es que disimulas o que te burlas de mí?

GERARDO.—¿Por qué? Soy sincero... ¡Digo lo que siento!

LUCIANO.—Pero entonces... ¿qué haces tú los domingos?

GERARDO.—¿Qué quieres que haga? Visito los Museos, los monumentos, recorro las calles...

LUCIANO.—¿Nada más?

GERARDO.—Nada más.

LUCIANO.—¡Si no puede ser! Pero ¿no tienes una novia? ¿No te diviertes? Mira, Gerardo, dime la verdad. Tú no sabes la importancia que tiene esto... (*Transición.*) ¡Me gusta tanto que te parecieses un poco a mí!...

GERARDO.—No te comprendo... A mí me enorgullece como soy. Quiero tener la satisfacción de no ceder a ninguna de las tentaciones de París.

LUCIANO.—¡Ah! Sí... Las tentaciones... París... La Belle Époque moderna... Es verdad... Es verdad... (*Pausa.*) ¡Qué tristeza!

GERARDO.—Yo no soy despilfarrador... ni mujeriego.

LUCIANO. (*Después de una pausa.*)—¡Pobre muchacho!

GERARDO.—Ahora que... tienes razón... Es verdad que me he ocultado una cosa.

LUCIANO. (*Alegre.*)—¿Sí? Vamos, hombre... Menos mal.

GERARDO. (*Dudando.*)—Sí... Antes de salir de América yo... pues... vamos... me comprometí para casarme...

LUCIANO. (*Asombrado.*)—¡No es posible!

GERARDO.—Sí, sí. Yo te lo hubiera dicho, ya lo supondrá. Pero esperaba...

LUCIANO. (*Irónica.*)—Sí... Esperarías a que la fábrica tuviera terminada. (*Pausa.*) En fin... Cómo ha de ser... prefiero... ¿Y qué? ¿Cómo es ella? ¿Tienes alguna fotografía?

GERARDO. (*Sacándola de la cartera.*)—Mírala.

LUCIANO. (*Estupefacto.*)—¿Eh? Pero... ¿estás seguro? ¿Esto?... ¿Qué es esto? Quiero decir, ¿a qué se dedica el fenómeno?

GERARDO. (*Muy satisfecho.*)—Es doctora en Medicina.

LUCIANO.—¿En Medicina? ¡Es espantoso!

GERARDO. (*Un poco molesto.*)—Es muy sencilla. Ya se ve. Pero es de una gran elevación de ideas.

UCIANO. (*Sin salir de su asombro.*)—¡Ay, ay, ay, ay! ¿Y la quieres?

GERARDO.—Creo que sí, que la querré. Será una excelente... Y luego, está muy bien constituida...

UCIANO.—Sí, ya... Ya se ve... (*Pausa.*) Bien, bien. (*Dándole el retrato.*) Toma, guárdate tú Dulcinea.

GERARDO.—Parece que te ha disgustado que no te lo dijera...

UCIANO.—¿Disgustado? Sí, es verdad. Me ha disgustado. No me disgusta lo que tú te figuras, Me disgusta... ver seres tan distinto... que no te pareces en nada a mí. Eso todo. Me disgusta que vengas a París por vez primera y te detengas en contemplar los monumentos. Me disgusta ver un hombre de veinte años que no tiene alegría, ni juventud, ni gracia... Y, sobre todo, me indigna ver que tu prometida es fea que los siete pecados capitales juntos... y doctora de Medicina, por si era poco...

GERARDO. (*Escandalizado.*)—Pero papá, ¿qué dices?

UCIANO.—No, no. ¡Si no es posible! No puede ser... Eso es verdad. Vamos a ver... Con el corazón en la mano... Pruébame. ¿Tú quieres al doctor ese?

GERARDO.—Yo... Espero que sí, que la querré... porque...

UCIANO.—Sí, ya lo sé... Porque está muy bien constituida. Me lo has dicho. Pero... aguarda un poco. No creas que las cosas van a ir como tú crees.

GERARDO. (*Sorprendido.*)—¿Pero por qué te enfadas conmigo así?

UCIANO.—¿Quieres saber la razón? Pues porque veo que hay nada que hacer; que somos tan diferentes y estamos tan lejos el uno del otro como si tú no hubieras salido nunca de ese país, donde se come con agua helada y meten a los hombres en la cárcel por sonreír en la calle a una mujer.

GERARDO.—Es verdad... Pero yo soy un joven formal. No soy un... enamorado.

UCIANO.—No te alabes, hijo; no te alabes. Si lo fueras, entenderíamos mejor. Yo hubiera reconocido en ti mi orgullo si en vez de hablarme de cifras, de jabón y de beneficios, me hubieras enseñado una carta de amor o el retrato de una chica guapa.

GERARDO. (*Enseñándole la fotografía.*)—Pero, papá, ¿no has visto?...

UCIANO.—¡Ah! No... No me hables de ésa. ¡Qué horror!

GERARDO.—¡Es mi prometida!

UCIANO.—En primer lugar, no es tu prometida. Ahora mismo la vas a escribir diciéndola que no te casas con ella...

GERARDO.—¡Pero, papá, si no tengo motivos!

LUCIANO. (*Saliendo.*)—¿Que no? ¡Vaya si tienes! Y niego mi consentimiento... Me parece que ya es un motivo.

GERARDO. (*Siguiéndole, alocado.*)—¡Oh, Dios mío! ¿V negarme...?

LUCIANO. (*Furioso.*)—¡Yes! Y haciéndolo así, creo firmemente que es por tu bien. Ya lo sabes. Hasta luego. (*Luciano.*)

ESCENA XI

GERARDO; luego, IRENE.

(GERARDO queda aterrado. Mira la fotografía; hace gestos desesperados, como diciendo: "¡No lo entiendo!" Levanta los brazos al cielo y se pasea completamente anonadado.)

IRENE. (*Con unas flores.*)—¿Se puede? ¿No molesto?

GERARDO.—No, no, Irene. Pase usted... El trabajo ya nos ha estropeado hoy.

IRENE.—¿Eh? ¿Qué tiene usted, Gerardo? ¿Qué le sucede? (*Gerardo hace un gesto.*) ¿Está usted triste?

GERARDO. (*Gravemente.*)—¡Muy triste!

IRENE.—¿Qué es ello?

GERARDO.—Una cosa íntima.

IRENE.—¿Y no puede usted decírmela? (*Pausa.*) Tan poca confianza tiene usted en mí?

GERARDO.—No es eso. Sí... Tengo confianza... (*Pausa.*) Acabo de romper con mi prometida.

IRENE. (*Asombrada.*)—¿Eh? ¿Pero se iba usted a casarse? Pues es la primera noticia...

GERARDO.—No; ya, no... Papá me ha ordenado que rompa.

IRENE.—Pero ¿con qué derecho?

GERARDO.—¿No es él mi padre?

IRENE. (*Riendo.*)—Desde luego; pero... ¿por qué razón? ¿En qué se funda?

GERARDO.—No sé... Porque ha visto su retrato.

IRENE.—¡Vamos! ¡Vamos! Eso es una broma, seguramente. Usted no le conoce todavía. Es un chiquillo. ¿Cómo quiere usted que por haber visto una fotografía...? ¡Bah! Déjeme usted a mí, que yo arreglaré eso. A ver el retrato. (*Gerardo se lo entrega. Irene lo ve y da un salto. En seguida mira Gerardo con burlona compasión.*) ¡Ah! Pues sí... Es verdad. No es una broma, no. ¡Ah, pobre Gerardo!

GERARDO. (*Timidamente.*)—Es doctora en Medicina.

IRENE.—¡Ah! ¿Sí?... Entonces, bueno. Es lo único que faltaba... (*Pausa.*) Perdóneme usted... Y... ¿está aquí mi parecida?

ERARDO.—¡Oh, ya lo creo! Está hablando...

ENE.—¿Hablando? (*Pausa.*) Y usted... ¿la quiere?

ERARDO. (*Ambos miran juntos la fotografía.*)—Creo que le la querré... Yo he conocido pocas mujeres...

ENE.—¡Oh! Eso se ve.

ERARDO.—Son tres hermanas. Pero ésta... Dorotea... es mejor.

ENE.—¡Ah! Si ha elegido usted la mejor...

ERARDO.—Yo ya sé que es fea... ¡Oh, como fea, es verdaderamente fea! Pero verá usted... si se la detalla...

ENE.—No. No la detalle usted.

ERARDO.—¿No? (*Están juntos. Gerardo mira las manos de Ene.*) Es verdad... Ella no tiene las manos bonitas...

ENE.—No se la ven bien.

ERARDO.—No, no... No las tiene bonitas. Y además (*Mira Ene.*), se peina mal... No viste con elegancia...

ENE.—Pero tendrá una gran inteligencia.

ERARDO.—Sí; eso, sí. Mucha inteligencia.

ENE.—De todos modos, lo que observo es que no se trata una pasión avasalladora... (*Devuélvele la fotografía.*) ¡No se apure usted... Yo me encargo de buscarle otra.

ERARDO.—No; si no me corre prisa...

ENE. (*Alegremente.*)—La que yo le busque será una muchacha bien... Se lo aseguro a usted. Delgada... alta...

ERARDO. (*Sonriendo.*)—O pequeña...

ENE.—O pequeña. ¿La quiere usted rubia o morena?

ERARDO.—No he pensado... Más bien rubia.

ENE.—Eso es. Una rubia que vista bien.

ERARDO.—Usted la dará unas lecciones...

ENE.—Ya está... Ya sé lo que usted quiere. Una muchacha de mi tipo.

ERARDO. (*Protestando sinceramente.*)—¡Oh, mamá!...

ENE.—No. Si no será difícil. Ya lo verá usted. Encontramos muchas... Se verá usted apurado para elegir... Y no tendrán mala cara, porque usted... usted es un buen mozo.

ERARDO. (*Tímidamente.*)—Sí. Estoy bien de músculos...

ENE. (*Distribuyendo las flores.*)—Sus amiguitas ya le harán dicho que es usted un guapo mozo...

ERARDO.—¿Mis amiguitas? ¡Pero si yo no tengo amiguitas!

ENE.—Claro que tampoco me lo iba usted a decir...

ERARDO.—¿A usted? No. Pero es que realmente no las tengo. (*Irene rompe a reír.*)

ERARDO.—¿De qué se ríe usted?

ENE.—Me río porque pienso que me voy a divertir muchísimo buscándome yo una nuera.

GERARDO.—No, no corre prisa... Más adelante...

IRENE.—¿Por qué? ¿Es que piensa usted todavía en la e

GERARDO.—¡Oh, no!

IRENE.—¿De veras?

GERARDO.—Se lo juro a usted.

IRENE.—¿Entonces se ha consolado usted ya? ¿Está
tento?

GERARDO.—Sí... Estoy contento.

IRENE.—¿Y no me guarda usted rencor por haber llan
fea a su prometida?

GERARDO.—¡Oh, no! Ahora ya tengo los ojos abiertos...
verdad. Dorotea es verdaderamente horrible... Más fea
muchos pecados capitales juntos. Sí... sí... Yo la doy a u
las gracias. Y ahora voy a buscar al pastor para decir
Hasta luego. (*Vase.*)

IRENE.—¡Pobrecillo!

ESCENA XII

IRENE y LUCIANO.

(*Irene continúa colocando las flores. Entra LUCIANO.*)

IRENE.—¡Hola, bebé! (*Deja las flores y corre a abrazar*
No estás enfadado, ¿verdad?

LUCIANO. (*Distraído.*)—¡Hola!

IRENE. (*Mirándole.*)—¡Oh! ¿Todavía de mal humor?

LUCIANO. (*Nervioso.*)—No.

IRENE.—¿Sabes que acabo de hablar con Gerardo?

LUCIANO.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué te ha dicho?

IRENE.—Que le has obligado a romper. ¡Ah! Y entre
réntesis, te diré que has hecho bien.

LUCIANO.—¡Vamos! Este es un acontecimiento excep
nal. Es la primera vez que tratándose de Gerardo me c
la razón.

IRENE.—Cualquiera diría que le has tomado manía al ch

LUCIANO.—Mira, en primer lugar no es ningún chico. ¡E
que ver la estatura! Como que yo creo que no ha sido c
nunca.

IRENE.—Tan formal, tan trabajador...

LUCIANO.—Demasiado trabajador. Ese es su mayor defe

IRENE. (*Riendo.*)—¿Y te preocupa?

LUCIANO.—No sólo me preocupa. Es que empiezo ya a
tar hartó.

IRENE. (*Riendo.*)—¡Tiene gracia!

LUCIANO.—Pero vamos a ver: ¿cuándo me vas a tomar
en serio?

RENE.—Yo, lo que no quiero es verte enfadado. (*Abrazán-*
) ¿Lo oyes?

LUCIANO.—Déjame.

RENE. (*Separándose.*)—Lo que dices es ridículo.

LUCIANO. (*Decidido.*)—Ya lo sé, y por eso me voy. Tú me
culparás con nuestro invitado. Yo almuerzo fuera.

RENE.—¿Sin mí?

LUCIANO.—Sin ti. ¿Es que no voy a tener el derecho de
morzar solo?

RENE. (*Tristemente.*)—Como es la primera vez que lo
es...

LUCIANO.—Alguna tenía que ser la primera.

RENE. (*Pausa.*)—¿Te has fijado bien?

LUCIANO.—¿En qué?

RENE.—En que es la primera...

LUCIANO.—La primera, ¿qué?

RENE.—Nuestra primera escena. (*Luciano calla.*) Vas a
ir... sin mí. Está bien. Vete.

LUCIANO.—Escucha, Irene. ¿Quieres que nos vayamos los
? Así, sin pensarlo más. ¡A la una! ¡A las dos! ¿No?
es como quieras. Yo estoy ya hasta el pelo de esta casa.

IRENE. (*Riendo por no llorar.*)—No te quiero contestar.
es un inconsciente. (*Vase, dando un portazo.*)

ESCENA XIII

LUCIANO; luego, ESTEBAN; después, GERARDO.

(*Luciano, furioso, se precipita hacia la puerta de la izquier-*
y llama a Esteban.)

LUCIANO.—¡Esteban! (*Entra ESTEBAN.*) ¡Pronto! Tu bas-
n, tu abrigo. (*Se los da.*) Lárgate. Date un paseo y pro-
ra estar a la una en punto en el café de París. Almorza-
mos juntos.

ESTEBAN.—¿Con la desconocida?

LUCIANO.—Con la desconocida. Ya la verás. ¡Qué mujer!
na maravilla.

ESTEBAN.—Por lo que se ve estás decidido.

LUCIANO.—¡No lo sabes tú bien! (*En este momento ábrese
puerta de la izquierda y aparece GERARDO. Al ver gente
etrocede para marcharse; pero la conversación que oye le
tiene y se queda a escuchar.*)

ESTEBAN.—¡Ten cuidado, Luciano! Me parece que vas a
acer una tontería de las gordas.

LUCIANO.—Me es igual. Por lo pronto lo que quiero es salir

de aquí, respirar libremente. ¡Oh! Tú no te das idea de que me sucede. ¡Estoy hasta el pelo, hasta el pelo!

ESTEBAN.—No te he visto nunca así.

LUCIANO.—Ahora márchate. La desconocida llegará de un momento a otro.

ESTEBAN.—¿Aquí?

LUCIANO.—Aquí, sí. Viene con el pretexto de una obra. drá en seguida, me esperará en un taxi y nos reunire contigo en el restaurant. (*Gerardo cierra suavemente la puerta y desaparece.*)

ESTEBAN.—Después de todo, tienes razón. ¡Hacés chico!

LUCIANO.—Tu opinión me tiene sin cuidado. Márchate. voy a vestirme. Hasta en seguida.

ESTEBAN.—¡Eres finísimo! Adiós. (*Luciano vase por la recha. Esteban sale por el foro. Casi inmediatamente en GERARDO con precaución. Le sigue el REVERENDO.*)

ESCENA XIV

GERARDO y el REVERENDO.

GERARDO. (*Preocupado.*)—Pase usted, pase usted.

REVERENDO.—Es muy simpático el señor Percherón. Todavía desde luego, pero simpático. ¿Eh? ¿Qué le pasa a usted? ¿Está usted preocupado?

GERARDO.—Sí. Mi padre me da muchos disgustos. No sé lo que usted lo que pasa... Estoy aterrado... Figúrese usted que mi padre ahora está hasta el pelo...

REVERENDO.—¡Hasta el pelo! ¿De veras? (*Pausa.*) No, me sorprende.

GERARDO.—¡Ah! (*Pausa.*) ¿Y qué quiere decir con eso?

REVERENDO.—¿No lo sabe usted? Pues cuando se está hasta el pelo... es que se desea otra cosa... Una *girl* que está hasta el pelo es que quiere cambiar de novio, porque no la gusta el que tiene.

GERARDO. (*Alarmadísimo.*)—Pero entonces esto es una catástrofe. (*Bajo y rápidamente.*) Hace un momento he oído aquí a mi padre hablar secretamente con Esteban para almorzar juntos con una mujer. Estaba muy nervioso. Y, sin embargo, yo creo que tiene en casa todo lo que le hace falta para no ir a almorzar con una señorita.

REVERENDO.—El hombre es un animal de costumbres, malas costumbres generalmente.

GERARDO.—Usted ha visto cómo, gracias a mí, mi padre cambió de vida.

REVERENDO. (*Interrumpiéndole.*)—Gracias a usted, su pa-
está que ya no puede más. Sí, amigo Gerardo; le ha he-
usted la vida imposible.

GERARDO.—Permítame usted. Yo no puedo creer eso. En-
ces yo soy un gran culpable.

REVERENDO.—No tanto.

GERARDO.—Ya ve usted. Ese almuerzo...

REVERENDO.—Eso es una tentativa de evasión.

GERARDO.—Pero es que va una señorita a ese almuerzo.

REVERENDO.—Eso es más grave.

GERARDO.—¿Por qué?

REVERENDO.—Porque..., porque cuando una de mis *girls*
a almorzar a solas con un caballero es siempre una cosa
ave. No me pida usted más detalles.

ESCENA XV

DICHOS y JULIÁN.

GERARDO.—¿Qué es eso?

JULIÁN.—Una visita para el señor.

GERARDO. (*Coge la tarjeta.*)—¡Ah! Ya sé lo que es. Yo la
cibiré. Que espere un momento. Ahora la avisaré yo a us-
d. (*Vase Julián.*)

ESCENA XVI

GERARDO y el REVERENDO.

GERARDO.—Vea usted. Es su tarjeta. La señorita que va a
morzar con él: Paquita. Lo recuerdo, porque él mismo me
a hablado de ella.

REVERENDO.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

GERARDO.—La voy a poner en la calle.

REVERENDO.—Eso es una tontería.

GERARDO.—Yo necesito remediar el daño.

REVERENDO.—Preferible es que hable usted con ella. Es
más... diplomático. Hay que meditar bien lo que se hace.

GERARDO.—¿Recibirla? Sí, mejor será. ¡Oh! Esto es una
ragedia de Shakespeare.

REVERENDO.—Medite usted bien lo que hace.

GERARDO.—Well! Déjeme usted. Espere en esa habitación.
(*Vase el Reverendo. Gerardo toca el timbre.*)

ESCENA XVII

GERARDO, PAQUITA, JULIÁN.

JULIÁN.—¿Ha llamado el señor?

GERARDO.—Que entre esa señorita. (*Vase Julián. En su lugar entra PAQUITA. Es una mujer elegantemente vestida. Gerardo, dignamente.*) ¿Es usted la señorita Paquita?

PAQUITA.—Sí, señor. Tengo que celebrar una entrevista con el arquitecto.

GERARDO.—Tome usted asiento. Haga el favor.

PAQUITA.—Y porque se trata de él vengo a esta hora. ¿Sabe usted el trabajo que me cuesta levantarme temprano?

GERARDO.—¿Sí?

PAQUITA.—¡Vaya! Diga usted: ¿es usted su secretario?

GERARDO.—No.

PAQUITA.—¿Un amigo?

GERARDO.—*Yes!*

PAQUITA.—¡Ah! ¿Es usted inglés?

GERARDO.—Si a usted no la molesta...

PAQUITA.—¿A mí? Es muy elegante ser inglés. Y diga usted: ¿no está el arquitecto?

GERARDO.—Ha debido salir.

PAQUITA.—¿Cómo? ¿Se le ha olvidado que teníamos que almorzar juntos?

GERARDO.—Precisamente él me lo dijo.

PAQUITA.—¡Ah! ¿Va usted a almorzar con nosotros?

GERARDO.—No, no... Es decir, sí.

PAQUITA.—Me alegro. Ya sabrá usted que anoche estuve con usted.

GERARDO.—¿Añoche?

PAQUITA.—Sí. Ibamos una patulea de amigos. Estuvimos en Maxim's, y allí convinimos almorzar hoy juntos.

GERARDO. (*Escandalizado.*)—¡Oh! Pero dígame usted: ¿veras quiere usted construir un hotel?

PAQUITA.—¿Yo? (*Riendo.*) ¡Qué cosas tiene usted! ¡A su edad!

GERARDO.—Pero usted viene a ver al arquitecto, ¿no?

PAQUITA.—Pero para lo del hotel... ¡Un hotel! ¡Ay, amor mío! Me faltan tres cosas antes de llegar al hotel: el anillo, el collar de perlas y el abrigo de Zibelina. Ahora estoy en taxi y en el *petit gris*. No es poco para la edad que tengo, ¿verdad?

GERARDO. (*Sin comprender.*)—Verdaderamente yo me sé...

PAQUITA.—No, si no me quejo. Hay que saber esperar.

GERARDO.—El nombre de usted es Paquita.

PAQUITA.—Paquita Oposum. Me llamo así desde hace dos años.

GERARDO.—¿Nada más?

PAQUITA.—Con motivo del primer regalo de importancia me me hicieron: un cuello de oposum... Pero sería muy largo de explicar ahora.

GERARDO.—Sí; me parece que comprendo lo que usted dice. *Mira a la mesa, ve el retrato de Irene y le vuelve. Decidido, e pronto.)* Así, pues, el arquitecto, mejor dicho, el señor audier, ¿la invitó a usted a almorzar hoy?

PAQUITA.—Ya lo sabe usted.

GERARDO.—Y... *(Vacilando.)* ¿qué es lo que va usted a hacer con el señor Laudier?

PAQUITA. *(Sorprendida.)*—¿Yo? ¿Qué?

GERARDO. *(Claramente.)*—Pregunto: ¿qué va usted a hacer con él?

PAQUITA.—Sí, sí; si lo he oído bien. Pero es que... *(Rienso.)* Sabe usted que pregunta unas cosas... Vaya si es usted curioso.

GERARDO.—Es que deseo saberlo porque... *(Enérgicamente.)* soy, soy su socio capitalista y tengo el derecho de saber en qué gasta el dinero.

PAQUITA. *(Consternada.)*—¿Su socio? ¡Dios mío! Yo que creí que sería usted un ayudante o un empleado.

GERARDO.—No, señora.

PAQUITA.—Perdone usted, ¿eh? No he querido ofenderle, porque usted está muy bien; ya lo creo; pero muy bien.

GERARDO. *(Bajando la vista.)*—Tengo buenos músculos.

PAQUITA.—Capitalista... ¡Y a su edad! Vaya si es raro. *Pausa.)* Y yo... qué..., ¿qué le parezco a usted?

GERARDO. *(Tímidamente.)*—Pienso de usted... lo mismo que piensa mi padre.

PAQUITA. *(Sin comprender.)*—¿Su padre?

GERARDO. *(Corrigiéndose.)*—No... Verá usted... Es una rase inglesa... Quiero decir que me parece usted muy bien. *(Tímidamente, ruborizándose.)* Pero ocurre una cosa: yo no quiero que vaya usted con el arquitecto.

PAQUITA. *(Coqueteando.)*—¿De veras? Pero... ¿me dirá usted por qué?

GERARDO.—Porque yo..., yo... soy...

PAQUITA.—El capitalista, ya lo sé.

GERARDO.—Precisamente. Y no quiero que se entiendan ustedes.

PAQUITA. *(Después de una pausa.)*—La verdad es que tiene usted una manera de hacer el amor a las mujeres...

GERARDO. *(Asustado.)*—¡Yo!

PAQUITA.—Ya comprenderá usted que no soy tonta. Le explico a usted muy bien. Usted lo que no quiere es que el socio industrial pierda el tiempo en distracciones, ¿eh?

GERARDO.—Eso es, justamente.

PAQUITA.—Quiere usted ser el que se divierta, ¿no?

GERARDO.—¡Naturalmente!

PAQUITA.—Ya. Se comprende. (*Suspirando.*) Ahora que ya usted no me conoce, claro... Yo no soy una mujer interesada.

GERARDO.—¿No?

PAQUITA.—Una cosa es que piense en mis necesidades, pero que es legítimo, ¿verdad? Pero para mí el afecto es lo primero. (*Pausa.*) Y tiene usted suerte, porque me ha hablado usted de un modo... Luego... que es usted simpático, muy simpático... (*Pausa.*) Tiene usted unos ojos muy bonitos.

GERARDO.—Gracias. Y una buena musculatura.

PAQUITA.—Pues estoy dispuesta a obedecer a usted. Pero se lo advierto, Luciano se enfadará con usted. Tomará conmigo muy a mal.

GERARDO.—Ya le convenceremos.

PAQUITA.—Usted se encargará, ¿verdad? Es lo mejor. Sí. Entonces qué, ¿nos vamos?

GERARDO.—¿Eh?

PAQUITA.—¡Claro! Ya ve usted que estoy dispuesta a obedecerle. ¿Dónde vamos a almorzar los dos?

GERARDO.—¡Ah! Sí. Es verdad que hay que almorzar. (*Decidido.*) No hay más remedio. Naturalmente. Tengo que llevarla a almorzar.

PAQUITA.—La verdad es que si me hubieran dicho esto hace media hora... (*Acercándose coqueta.*) Es usted muy simpático. De veras. Tan simpático como él.

GERARDO.—¡Oh, no! El es más simpático.

PAQUITA.—Pero usted parece más serio, muy serio... (*Giéndole la mano.*) ¿Qué? ¿Nos vamos?

GERARDO. (*Decidido.*)—Sí. (*Pausa.*) Pero juntos no. Salga usted ahora y espéreme en la esquina.

PAQUITA.—Vendrá usted en seguida.

GERARDO.—En seguida. No hay más remedio... Tengo que ir.

PAQUITA.—Lo dicho. Es usted un hombre original. Pero lo mismo. (*Pausa.*) Decididamente, usted me gusta. (*De pronto.*) Cierre usted los ojos.

GERARDO.—¿Para qué?

PAQUITA. (*Le echa los brazos al cuello.*)—Abajo espere. (*Vase corriendo.*)

GERARDO. (*Aturdido.*)—¡Oh! (*Pausa.*) ¡Oh! ¿Qué vergüenza! ¡Oh! (*Se limpia exageradamente los labios.*) ¡Oh! Es... (*Pasa a paso lo va pensando mejor y sonríe.*)

ero de repente ve el retrato de Irene y deja de sonreír.)
Estó es horrible! Sí, sí, horrible. Pero no hay más remedio.
Tengo que hacerlo. Es mi deber. (*Bruscamente se dirige a la
puerta y llama al Reverendo, que entra.*)

ESCENA XVIII

GERARDO, el REVERENDO; luego, IRENE.

REVERENDO.—¿Qué ha pasado?

GERARDO.—Venga usted, venga. ¿Conoce usted la historia
de Santa María Egipcíaca? Era una santa mujer que ofre-
cía sus encantos a los marineros para poder atravesar un río.

REVERENDO. (*Alarmado.*)—¿Gerardo!

GERARDO.—Pues míreme usted. ¡Yo soy esa Egipcíaca!

REVERENDO.—¿Pero qué ha hecho usted?

GERARDO.—Lo que debía para reparar el mal: me llevo a
esa señorita a almorzar conmigo a solas en un gabinete re-
servado.

REVERENDO.—Eso está muy bien. ¡Le felicito!

GERARDO.—Gracias.

REVERENDO.—Una pregunta... por lo menos: ¿vale la pena
a muchacha?

GERARDO.—Eso es lo malo. ¡Que si vale la pena! (*Coge su
sombrero y su sombrero. Entra IRENE.*)

IRENE.—¿Cómo? ¿Se va usted?

GERARDO.—Sí. ¡No tengo más remedio!

IRENE.—¿Pero no almuerza usted en casa? ¿Ni Luciano
tampoco?

GERARDO.—Sí, Irene, sí. Papá almorzará aquí. Dígale usted
que yo ocuparé su puesto en el almuerzo que tenía hoy, y
que yo arreglaré el negocio como si él estuviera presente.

IRENE.—Muchas gracias, Gerardo. No sabe usted cuánto
se lo agradezco. Aunque no merece que usted se sacrifique
por él.

GERARDO.—No. Si no lo hago por papá. Lo hago principal-
mente (*Ruborizándose.*) para que mi mamá política no tenga
ningún disgusto. Adiós. (*Besa la mano de Irene y vase.*)

ESCENA XIX

IRENE, el REVERENDO; luego, LUCIANO.

IRENE. (*Pensativa.*)—¿Qué buen muchacho es! Y tan serio.

REVERENDO.—Y tan joven.

IRENE.—De todos modos. ¿qué opinión tendrá usted de esta
casa, de nosotros todos?

REVERENDO.—No, señor; yo estoy tan acostumbrado a cosas raras...

LUCIANO.—¿Cómo? ¿Ha venido una visita para mí y no han avisado?

IRENE.—Creo que la ha recibido Gerardo.

REVERENDO.—¿Era el fumista!

LUCIANO.—¡Ah! ¿Y dónde está Gerardo?

IRENE.—Acaba de salir. No habrá llegado aún a la puerta de la calle.

LUCIANO.—Bueno; pero esto es el colmo. (*Va al ventanar se asoma.*) ¡Oh! Si no es posible... Pero, sí, sí.

IRENE.—¿Qué?

LUCIANO.—Gerardo..., Gerardo que se va con... (*Contentándose.*) ¡El colmo! ¡El colmo!

IRENE. (*Inocentemente.*)—Me ha dicho que él te sustituirá en ese almuerzo para que no te molestes tú. Ya sabes.

LUCIANO.—Sí, ¿eh?

IRENE.—Es muy bueno. Ya ves, quiere evitarte trabajo. ¿Qué? ¿Estás contento?

LUCIANO. (*Rabioso. Como Irene se acerca, Luciano cierra la ventana.*)—¡Ya lo creo! ¡Contentísimo! ¡Ah! ¡El niño! ¡Maldito niño!

REVERENDO.—Yo celebro mucho que este contratiempo me proporcione el placer de almorzar en su compañía.

LUCIANO. (*Quitándose furioso el gabán y tirándole.*)—¡El placer es mío! ¡Cómo no! ¡Vaya! ¡No lo sabe usted bien! ¡Maldita sea la hora...!

JULIÁN. (*Entrando.*)—¡La señora está servida!

IRENE.—Pase usted, caballero. (*A Luciano.*) ¿Vienes, bebé (*Vanse del brazo Irene y el Reverendo.*)

LUCIANO.—Sí, sí, en seguida. (*Acaba de quitarse los guantes y tira al suelo las prendas que se quita.*) ¡Ah! No. Es sí que no. (*A Julián.*) ¿Te has enterado, Julián? Esa señora que vino a buscarme...

JULIÁN.—Sí, señor; preciosa por cierto... ¡Vaya!

LUCIANO. (*Furioso.*)—Preciosa, ¿eh? ¿Sabes lo que acaba de hacer mi hijo, el señorito Gerardo? ¿No? Pues me la ha quitado de las manos y se va tranquilamente con ella... Ni más ni menos... ¡Ahí van los dos juntitos! ¡Juntitos! ¡Y en mis barbas! ¿Eh? ¿Me quieres decir que es lo que opinas de esto?

JULIÁN. (*Sonriente.*)—Opino que el señorito Gerardo... no cabe duda... es hijo de su padre...

LUCIANO.—Tienes razón. Me acaba de dar un disgusto grande, pero me alegra tanto ese disgusto que me están entrando unas ganas locas de reír. (*Vase riendo. Julián le sigue.*)

TELON



ACTO TERCERO

la misma decoración. Unos días después, por la tarde. Sobre un velador una taza de café, solitaria. Cuando se levanta el telón, no hay nadie en escena.

ESCENA PRIMERA

JULIÁN; la MECANÓGRAFA.

(Julián entra por el foro, muy contento, silbando una cancioncilla. Dirige la vista alrededor, coloca una silla en su sitio, dobla un periódico. Después, coge la bandeja, con la taza, para llevárselas. En este momento llaman a la puerta segunda izquierda.)

JULIÁN.—Adelante. *(Abrese la puerta y entra la MECANÓGRAFA.)*

MECANÓGRAFA. *(Disgustada.)*—¡Ah! Como había oído ruido... Creí que... Entonces... ¿todo está igual?

JULIÁN.—No sé nada.

MECANÓGRAFA.—¡Oh! Esto es de una incorrección... No sé... No sé... Me parece que el señor Morrison va demasiado lejos... Exagera... Exagera...

JULIÁN.—Quéjese usted... Usted sale ganando, porque... descansa...

MECANÓGRAFA.—Se equivoca usted... No descanso, porque le espero... ¡Oh! Estoy indignada... Indignada...

JULIÁN. (*Filósofo.*)—Paralo que ía va a usted a servir...

MECANÓGRAFA.—¿Pero no ve usted...? Son las cuatro... Tenemos más de veinte cartas sin contestar...

JULIÁN.—¡Bah! ¡El chico se divierte...!

MECANÓGRAFA.—Verdaderamente... En esta casa nadie piensa más que en divertirse...

JULIÁN.—No lo dirá usted por la señorita... ¡Pobre mucher...! Aquí tiene usted su taza de café... ¿Ha visto nada más triste que una taza de café siempre sola...?

MECANÓGRAFA.—¿Tan poco ha almorzado aquí el señor hoy?

JULIÁN. (*Riendo.*)—No... Pero el señor, por lo menos, si no almuerza viene a dormir a casa...

MECANÓGRAFA. (*Indignada.*)—¿Cómo? ¿Entonces, el señorito Gerardo no...?

JULIÁN.—Usted verá... Esta mañana, a las ocho, vino un botones a buscar un traje y ropa limpia...

MECANÓGRAFA.—¡Oh! Yo no sé cómo calificar esa conducta...

JULIÁN.—El mozo se divierte y hace bien... Está en la edad... ¿Eh? (*Escuchando.*) Espere usted... Es el ascensor... Sí... Han abierto la puerta... Justo... El es... Aquí tiene usted ya a su jefe...

MECANÓGRAFA.—¡Al fin!

ESCENA II

Dichos y GERARDO.

(*Entra GERARDO. Viste con gran elegancia.*)

MECANÓGRAFA.—“¡Good afternoon...!”

GERARDO.—“¡Good afternoon!” (*Da el abrigo a Julián.*) Diga usted, Julián... ¿No le ha sorprendido a mi padre que faltara esta noche?

JULIÁN. (*Sonriendo.*)—¡Oh, no, señor! Ni siquiera...

GERARDO. (*Tímidamente.*)—¿Y... a la señora?

JULIÁN.—La señora no ha dicho nada...

GERARDO.—Es que me puse malo... ¿sabe usted, Julián? Estaba en casa de un amigo... Y me hicieron una taza de té...

JULIÁN.—¡Ya, ya! Efectivamente... No tiene usted buena cara...

GERARDO.—Ahora ya estoy mejor... (*Se dirige al “bureau”. Julián vase, sonriendo.*)

MECANÓGRAFA. (*Secamente.*)—Aquí está el correo...

GERARDO. (*Después de una pausa.*)—Gracias... (*Coge las cartas. Se pasa la mano por la frente.*) No... No voy a poder trabajar... Me duele la cabeza...

MECANÓGRAFA. (*Escandalizada.*)—¡Oh! (*Se levanta.*) Usted

...e avisará cuando tengo que venir... Es inútil que me esté
...blestando en esperarle...

GERARDO. (*Timidamente.*)—Sí... Tiene usted razón... (*Pau-*
...) Diga usted... ¿Me desprecia usted, verdad? ¿Siente usted
...precio por mí?

MECANÓGRAFA.—Yo desprecio a todas las personas que no
...ben resistir la tentación... cuando son ciudadanos de Norte-
...érica... “¡Good Bye!”

GERARDO.—Desde hace un mes ha cambiado usted mucho...

MECANÓGRAFA.—Es verdad... Pero ha de saber usted que
...ce un mes me ha dejado mi novio plantada... (*Vase ju-*
...osa.)

GERARDO. (*Llama.*)—Dígame, Julián... ¿Está en casa la se-
...ra?

JULIÁN.—No. La señora salió después de almorzar...

GERARDO.—Bien... (*Suspira.*)

JULIÁN.—¿No se encuentra mejor?

GERARDO.—No... No estoy bien... Sobre todo tengo mucha
...d...

JULIÁN.—¿Quiere un poco de limón?

GERARDO. (*Dirigiéndose al armario.*)—No... Si esta soda es-
...viera fresca...

JULIÁN.—Lo está, lo está... Sí, señor... (*Sirviéndole.*)
Quiere usted un poco de “wisky”...?

GERARDO.—Sí... Unas gotas... (*Julián le sirve y espera.*
...erardo le dice que siga echando “wisky”. Basta... (*Bebe.*)
Ah!

JULIÁN.—Es mejor que la limonada... ¿eh?

GERARDO.—Sí... Parece que, al beber, está uno menos fati-
...ado...

JULIÁN.—Aquí está la señora... (*Entra IRENE.*)

ESCENA III

IRENE, GERARDO; luego LUCIANO.

IRENE. (*Burlona.*)—Hola, Gerardo... ¿Se ha dormido bien?

GERARDO. (*Avergonzado.*)—¡Oh! Mamá...

IRENE.—Pero si yo no le voy a reñir... No faltaba más...

GERARDO.—¿Papá sigue bien?

IRENE.—Supongo... Ahí está... Hemos entrado juntos.

GERARDO.—¿Han salido ustedes juntos de paseo...?

IRENE.—No... Nos hemos encontrado en la escalera...

LUCIANO. (*Entrando.*)—Buenas tardes...

GERARDO.—Hola, papá..... (*Recoge sus papeles para mar-*
...harse.)

LUCIANO.—¿Te vas?

GERARDO.—Perdóname, pero tengo mucha correspondencia atrasada...

LUCIANO. (*Fingiendo indignación.*)—¿Retrasada? ¿No te avergüenza? ¡Pues eso no es serio...! (*De pronto se echa a reír.*) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Anda, hombre, anda a despachar tu correo... ¡Eres un buen muchacho! (*Gerardo suspira y vase.*)

ESCENA IV

IRENE y LUCIANO; luego GERARDO.

LUCIANO. (*Encendiendo un cigarillo.*)—¿Te has fijado? Hoy tiene mejor cara Gerardo... Le ha sentado bien pasar la noche fuera de casa...

IRENE. (*Fingiéndose distraída.*)—Son cosas de la edad, después de todo...

LUCIANO.—Sí, sí, pero va un poco de prisa... Ha tardado pero empieza bien... (*Pausa.*) Y yo prefiero verle así...

IRENE.—Yo, no... Antes él era el que nos daba ejemplo...

LUCIANO. (*Sonriendo.*)—¿Eso va contra mí...? ¿Vas a continuar?

IRENE. (*Riendo también.*)—Continuaré hasta que me cansé.

LUCIANO.—¿Y cuando te canses?

IRENE. (*Riendo.*)—Es que habrá llegado el fin...

LUCIANO. (*Tratando de reír también.*)—¿El fin? ¿Qué fin?

IRENE. (*Riendo.*)—Ya lo puedes suponer... El nuestro... El de nuestro cariño...

LUCIANO.—Hay momentos en que no sé si hablas en serio o te ríes...

IRENE.—Pues mírate tú al espejo y lo averiguarás...

LUCIANO. (*Inquieto.*)—¿Tienes algo que reprocharme?

IRENE.—¿Eres irreproachable?

LUCIANO.—Desde luego.

IRENE.—Entonces... ya lo ves... No tienes nada que temer...

LUCIANO. (*Un poco molesto.*)—Sí... Ya comprendo... Pero debes hacerte cargo... Estos días me veo precisado a salir con frecuencia...

IRENE.—No me dices nada nuevo...

LUCIANO.—Además, necesitaba que Gerardo se enterase de que me hacía la vida imposible... ¡Ah! Esto sí... (*Riendo.*) Lo necesitaba... Hubiera concluido por ser yo el que no viniera a casa... ¡Palabra!

IRENE.—Ya haces lo que quieres...

LUCIANO.—Y, sin embargo, trabajo... Puedes creerlo...

IRENE.—No... Si me hago cargo... Nuestra vida no iba a siempre como los tres primeros meses...

LUCIANO.—Pues mira... ¡es lástima!

IRENE.—Para eso hubiera sido preciso que nada viniera a recordarte tu antigua vida...

LUCIANO.—¿Mi antigua vida...? Ni la recuerdo... Te lo juro.

IRENE.—¿Por qué juras siempre? Si no hace falta... Yo te lo...

LUCIANO.—Entonces... ven a abrazarme...

IRENE.—Por qué no. *(Le abraza. Una pausa.)* ¡Ah! Una hora te ha llamado por teléfono.

LUCIANO.—¿A mí? ¿Quién era?

IRENE.—La señorita Marcela Colmar.

LUCIANO.—¡No es posible!

IRENE.—¡Vaya! Y me ha parecido que estaba furiosa...

LUCIANO.—¡Sí! ¿eh? *(Pausa.)* Y tú... ¿no sabes quién es esa señorita?

IRENE.—No he tratado de averiguarlo...

LUCIANO. *(Poniéndose un dedo sobre la boca.)*—¡Guárdame secreto! Es... una amiguita de Gerardo.

IRENE. *(Contentísima.)*—¿De veras?

LUCIANO.—Puedes estar segura... ¡Oh! Gerardo... Lleva una bita... Te digo que es el verdadero Pachá Bum-Bum! *(Entra GERARDO.)*

LUCIANO. *(Burlón.)*—¿Qué? ¿No tienes sueño? ¿Por qué no has una siestecita?

GERARDO. *(Avergonzado.)*—¡Papá... por Dios!

IRENE. *(Sonriendo.)*—Pero déjale en paz, hombre...

LUCIANO. *(Alegremente.)*—¿Te parece que le dejo poco? Dime, ¿qué hora es?

GERARDO.—Las cuatro...

LUCIANO.—Pues hasta luego... *(Se dirige a la puerta.)* ¡Ah! Ve, Gerardo... Es preciso que me cuentes cosas... ¿eh? Los últimos monumentos que has visitado... *(Vase viendo.)*

ESCENA V

IRENE, GERARDO; luego MARCELA.

IRENE.—No le haga usted caso... Es una broma...

GERARDO.—Ya lo sé, ya...

IRENE.—¿Pero qué le pasa a usted? Parece que no le anima usted mucho la vida alegre... Estaba usted más contento hace un mes...

GERARDO.—Crea usted que papá exagera... Yo he querido ver lo que era la vida de noche... Es una cosa muy curiosa...

IRENE.—Lo creo... Luciano no ha querido llevarme nunca a un "cabaret"... Usted debía llevarme una noche...

GERARDO. (*Asustado.*)—¡Oh! ¡No!

IRENE.—Me gustaría tanto...

GERARDO.—No lo crea usted...

IRENE.—¿De veras?

GERARDO.—Yo no he ido por gusto... Se lo aseguro...

IRENE.—Lo que le sucede a usted es que en casa no está gusto...

GERARDO.—No, no, no es eso...

IRENE.—Y luego, que... ella será bonita, ¿eh?

GERARDO.—¡Por Dios, Irene...!

IRENE.—Hombre, yo creo que puede usted hablar con franqueza a una mamá política...

GERARDO.—Pues... sí... Es verdad... La muchacha no es mal...

JULIÁN. (*Entrando.*)—¿No está el señor?

IRENE.—¿Qué quería?

JULIÁN.—Una señora que tiene absoluta necesidad de ver señor... Dice que es urgente...

IRENE.—¿Tan urgente...? (*Entra MARCELA, furiosa, pero se contiene. Saluda secamente.*)

GERARDO. (*Aterrado. Aparte.*)—(Está aquí.) (*A Irene.*) ¡Ah! Ya sé. Esta debe ser la señora que quiere construir hotel... (*A Marcela.*) ¿Quería usted ver al arquitecto, señor?

MARCELA.—Sí, señor... Quiero ver al arquitecto... Necesito hablar con él...

GERARDO. (*A Julián.*)—Avise usted al señor... (*Vase Julián.*) Déjenos usted, Irene... Yo la enseñaré los planos para que se calme... Cree que no están hechos y... sí lo están. Viene por eso seguramente.

IRENE. (*Bajo.*)—¡Es muy simpática!

GERARDO.—Sí... ¿verdad? (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¡Y yo que no sé mentir...

IRENE. (*Bromeando.*)—Que sea usted formal, ¿eh? ¡Cuidado! Si no es usted formal, yo se lo diré a la señorita Marcela la cuando llame aquí por teléfono...

GERARDO.—¿La señorita Marcela...? (*Sorprendido.*) ¡Ah! Sí... Sí... (*Aparte.*) ¿Quién será la señorita Marcela...?

IRENE. (*Siempre bromeando.*)—Esta será otra... ¡Las tiene usted por parejas, Gerardo! Vaya... Buen provechito... ¡Dios Juan!

GERARDO. (*Asustado.*)—¡Eso! También va usted a juzgarme mal...

IRENE.—Ande, y atienda como es debido a esa señora. (*Vase Irene.*)

ESCENA VI

MARCELA, GERARDO; luego LUCIANO.

GERARDO.—Mientras llega el señor arquitecto... ¿puedo ser útil, señora?

MARCELA.—Muchas gracias... Quiero ver a Lautier. Y supongo que no me dirán que ha salido... porque me es igual; penso moverme de aquí... hasta que le vea. Diga usted... ¿almorzado hoy en casa?

GERARDO.—Señora... yo...

MARCELA.—Porque yo lo soporto todo menos que se burlen de mí... ¡Ah! Eso sí que no...

GERARDO.—No comprendo...

MARCELA.—El me conoce bien, y sabe que soy muy suscep-

...
GERARDO. (*Miedoso.*)—No hable usted tan alto, señora... Se me va a ir... Voy a buscarle... Su nombre... ¿me hace usted el favor de decirme...?

MARCELA.—Dígale usted que está aquí Marcela...

GERARDO.—¿Eh? ¡Ah! Sí... Sí...

MARCELA.—La señorita Marcela Colmar... Y dígame usted... (*Viendo entrar a LUCIANO.*) ¡Ah! Él...

LUCIANO. (*Contrariado.*)—¿Cómo? (*Queriendo disimular.*) ¿Qué...? ¿usted aquí? Viene usted a ver los planos, ¿verdad? ¿qué se ha molestado...! Yo hubiera ido a su casa... (*A Gerardo.*) Déjame solo con ella.

GERARDO. (*Azorado.*)—Sí... sí... Señora... (*Vase.*)

ESCENA VII

MARCELA y LUCIANO.

LUCIANO. (*Furioso.*)—¿Pero se puede saber qué quiere de esto? ¿Estás loca? ¡Venir aquí... a mi casa!

MARCELA. (*Gritando.*)—Eso es... Llámame loca... ¡Insúltame además!

LUCIANO.—No grites... ¡Maldita sea el demonio...! (*Va a cerrarse de que la puerta está bien cerrada.*)

MARCELA.—Nada menos que hasta las tres... ¿lo oyes? Hasta las tres me has tenido esperándote en el restaurant...

LUCIANO.—Ya te dije que no estaba seguro de poder ir...

MARCELA.—Dijiste que irías...

LUCIANO.—Pero escucha, mujer...

MARCELA. (*Furiosa.*)—¡Déjame en paz! ¡Eres un sinvergüenza! Porque, vamos a ver... ¿No me telefoneaste tú mis-

no hace ocho días? ¿Por qué me buscaste? Yo no te pedido nada.

LUCIANO.—Pero lo aceptaste.

MARCELA.—¡Eres un grosero!... ¡Pobre de mí! Yo recibí con los brazos abiertos.

LUCIANO.—La noche que fui a verte iba con el propósito de hacerte una visita de cortesía...

MARCELA.—¡Hay que ver las horas que eliges para venir a tus amistades!

LUCIANO.—Es que me levanto tarde.

MARCELA.—¿Por qué has desaparecido de la noche a la mañana? ¿Por qué, di? ¿Por qué?

LUCIANO.—¡Pero no grites, por Dios!

MARCELA.—¡Me da la gana gritar! ¡Eso! ¡Y grito! ¡Y

LUCIANO. (*Exasperado.*)—Cállate, o te juro que... (*mándose de pronto.*) Ven aquí, mujer... Piensa que estás en mi casa; que puede oírte mi mujer.

MARCELA.—¿Tu mujer? Sí, sí... Ya puedes fiarte de mi mujer...

LUCIANO.—¿Qué dices?

MARCELA.—Que tengas cuidado... Que tu mujer y tu secretario... ¿Te enteras?

LUCIANO.—¿Qué secretario?

MARCELA.—Ese joven que vive aquí... o que está aquí todas horas. Acabo de sorprenderlos a los dos.

LUCIANO. (*Riendo.*)—¿Quién? El joven que... Tiene gracia.

MARCELA.—¡Ah! ¿Sí? Bueno, bueno... Si recibes de ese joven la noticia, allá tú.

LUCIANO.—No es eso. Es que tú no sabes... Se conocen desde niños. Son como hermanos.

MARCELA. (*Incrédula.*)—¡Ya, ya! Como que las mujeres sabemos ver...

LUCIANO. (*Estallando.*)—¡Vete de aquí inmediatamente!

MARCELA.—¿Eh?

LUCIANO.—Que te vayas de aquí en seguida. Que no vuelvas a verte más... ¡Y es éste el placer que dan las conquistas amorosas! Gracias. Prefiero el matrimonio.

MARCELA.—¡Grosero!

LUCIANO.—Lo que quieras.

MARCELA.—¡Imbécil!

LUCIANO.—Sí; eso, sí... ¡Imbécil, sí! (*Abriendo la puerta.*) ¡Largo!

MARCELA.—¡Te engañarán! Si no es ése, será otro.

LUCIANO.—Gracias por la profecía.

MARCELA.—No presumas, que ya no estás en los veinte años. ¡Ja, ja, ja! (*Vase.*)

CIANO.—¡Uff! (*Cerrando la puerta.*) ¡Gracias a Dios! (sa.) ¿Será idiota? Mira que sospechar que Irene y rdo... (*Se oye dentro el ruido de una puerta que se cierra golpe.* Luciano se ríe pensando en lo que Marcela le dicho. De pronto se queda serio. Poco a poco, su semblante reflejando la inquietud. Con un gesto quiere alejar aquellas ideas y se encoge de hombros. Se dirige a la puerta, y al r se detiene, pensativo. Por fin, decidido, abre la puerta pregunta.) ¿Qué? ¿Estáis ahí?... (*Se oye reír a Irene y Gerardo.*)

ESCENA VIII

IRENE, LUCIANO y GERARDO.

IRENE y GERARDO entran en escena riendo.)

LUCIANO.—¿Qué es lo que os hace reír de ese modo?

GERARDO.—Es Irene, que se burla de mí.

IRENE.—Tiene buena pasta. Sabe aguantar las bromas, por todas que sean. (*A Luciano.*) Me he entretenido en confesar a tu hijo... Va a salir muy aprovechadito.

LUCIANO. (*Malhumorado.*)—No me parece bien esa consagración.

IRENE. (*Riendo.*)—¡Ay! ¡Mira quién habla! Su señor papá... (*Luciano se encoge de hombros, se sienta y enciende cigarro.*)

IRENE. (*Se acerca a Gerardo, que se ha sentado en el sofá.*)—¿Qué va usted a hacer?

GERARDO.—Voy a ver si arreglo estos papeles.

IRENE.—¿Quiere usted que le ayude?

GERARDO.—No; muchas gracias.

IRENE. (*Mirándose un brazo.*)—¡Oh! ¡Qué atrocidad! Mire usted, Gerardo... Mira, Luciano... (*Se aproxima a Luciano.*)

LUCIANO.—¿Un cardenal? ¿Cómo te has hecho eso?

IRENE.—Ha sido Gerardo... Me ha querido enseñar un poco de boxeo y ¡zas! Gerardo tiene la mano muy dura. Un tipo formidable.

LUCIANO.—Pues que se lo guarde para un bastón.

GERARDO.—La culpa fué de usted, por poner el brazo. (*A Luciano.*) Quería enseñarle el golpe de Paulino.

LUCIANO.—Son chiquilladas... Acabaréis por haceros daño.

GERARDO.—Verá usted... Póngase usted en guardia, Irene.

LUCIANO.—Déjala, hombre, déjala. Puede que creas que te interesa...

IRENE.—¡Vaya! A mí me gustan mucho los deportes.

LUCIANO.—¡Ah!

IRENE.—Gerardo me ha comunicado su entusiasmo. que conoce el deporte.

LUCIANO.—Sí. Conoce el deporte y otras cosas.

GERARDO.—¡Papá!

LUCIANO.—No, no... Si no te lo afeo. Haces bien en tirte.

IRENE.—Ya lo creo. Buen tonto sería. (*Coge su labo sienta. Silencio.*)

LUCIANO. (*Abriendo el periódico.*)—Hay que aprovechar tiempo cuando se es joven.

IRENE.—¿Por quién dices tú eso?

LUCIANO.—¿Yo? Por todo el mundo... y por mí también.

IRENE.—La verdad es que esta noche estamos haciendo cuadro de familia a la antigua. El señor, fuma... La señora, cose... Y el niño, estudia sus problemas... (*Ríen.*) Muchas ganas de llamarte papá. (*A Luciano.*)

LUCIANO. (*Levantándose y tirando el periódico, maltratado.*)—Tienes razón. Es demasiado pronto para encender en casa.

IRENE. (*Alegremente.*)—¿Verdad que sí? Anda, vámonos los tres. Nos llevas al restaurant; luego, a un music-hall; después, a un cabaret... Nadie pensará que Gerardo es hijo... Creerán que es un amigo.

LUCIANO.—No faltará quien piense que es tu marido.

IRENE. (*Con naturalidad.*)—¿Mi marido? Anda, pues verdad... No se me había ocurrido. Tiene gracia. ¿Qué parece a usted, Gerardo?

GERARDO.—Perdón... No he oído nada. Estaba leyendo carta.

LUCIANO.—¡Bah! No has perdido nada. (*Preocupado.*) Gerardo, ¿cenas en casa esta noche?

GERARDO. (*Indeciso.*)—¿Yo? Estoy invitado a cenar fuera. Pero... si tú quieres... me quedaré.

LUCIANO. (*Nervioso.*)—No, no... Eso, no. Ve. Haces bien en irte... Tienes razón.

IRENE.—Me hubiera gustado que saliéramos los tres.

LUCIANO.—Esta noche no puede ser. Yo también tengo que cenar fuera.

IRENE.—¡Ah! ¿De modo que... me dejáis... los dos?

LUCIANO.—Cree que Gerardo se quedaría a hacerte compañía...

IRENE.—Tú, van ya dos días seguidos que cenas fuera.

LUCIANO. (*Nervioso.*)—Bien, bien... No hablemos más. Me voy.

IRENE. (*Cariñosa.*)—Sí, sí... Sal. No me hagas caso. (*Saliendo.*) Prefiero que salgas.

LUCIANO.—Eres muy amable.

IRENE.—Lo digo como lo siento... Si te quedas, estarás de mal humor. Más vale que salgas.

LUCIANO. (*Se acerca a Gerardo y le pone una mano en el hombro.*)—Te repito que tienes razón, Gerardo. Anda, sal... Diviértete! No seré yo quien te prive... Aprovecha el tiempo bien. Y, sobre todo, ¡no te cases nunca!

IRENE. (*Apenada.*)—¡Oh! Luciano... (*Pausa. Sonríe.*) ¿Qué es lo que te sucede esta noche?

LUCIANO.—Nada. Yo no tengo derecho a salir. No hablemos más de esto. Pero quiero que le sirva de lección a Gerardo. El sabrá aprovecharla.

GERARDO.—Yo te juro que...

IRENE.—Gerardo tiene un carácter diferente al tuyo.

LUCIANO.—¿Diferente, eh? ¡Estás enterada! Es mi mismo retrato. Lo que pasa es que ahora es cuando empieza a tener el parecido. Necesitaba vivir un poco de tiempo a mi lado. Y ahí le tienes... Mírale... Ya sabe lo caro que cuesta la libertad. Y, sin embargo, la libertad es la vida. Ya se acuerda tarde... Hace bien... Que siga haciéndolo mientras el esbago se lo permita... ¡Bah! Después de todo, lo que yo le siga es igual. El hará lo que quiera y... (*Entre dientes.*) Qué vidita! ¡Qué vidita tan divertida! (*Vase violentamente.*)

ESCENA IX

IRENE y GERARDO.

GERARDO. (*Inquieto.*)—Papá está nervioso, ¿verdad? Muy nervioso...

IRENE. (*Sonriente.*)—Sí. Desde hace algún tiempo, ha cambiado. Pero se le pasará. Yo estoy tranquila; le conozco bien. Habla mucho y luego... nada.

GERARDO. (*Intranquilo.*)—Pero ¿por qué? Vamos a ver, ¿por qué? ¡Decir esas cosas de mí!... ¿Por qué me ha de tomar siempre como ejemplo?

IRENE.—Diga usted que le toma más bien como disculpa.

GERARDO. (*Sorprendido, la mira.*)—¡No!

IRENE. (*Nerviosa.*)—¡Qué quiere usted, Gerardo! Ahora ya no ve en usted el freno que antes tenía. Antes, en presencia de usted, se avergonzaba un poco. Ahora, como usted ha cambiado de vida, ¿comprende usted?

GERARDO.—¿De modo que esto también es por culpa mía?

IRENE. (*Sonriendo.*)—No digo eso... Pero ya lo ve usted. Luciano ha cambiado mucho en unas cuantas semanas. Va-

mos... desde que usted llegó. Al principio, la seriedad de usted, la formalidad..., claro, le intimidaron un poco. Luego como usted también cambió de costumbres, de...

GERARDO.—Sí, sí. Dígalo usted, dígalo. Como yo también me hice juerguista...

IRENE.—Pues... ahí tiene usted las consecuencias.

GERARDO.—¡Ay, ay, ay ay! Pero esto es demasiado... no puedo consentirlo. ¡No, no! Esto es demasiada responsabilidad para mí.

IRENE. (*Sorprendida.*)—¿Eh?

GERARDO. (*Exaltándose.*)—Ya estoy cansado de que me desprecien... Ya estoy harto de que se me tenga por juerguista, ¡ea!

IRENE.—¿Pero qué dice usted?

GERARDO.—Primero, Julián con sus sonrisitas... Luego, secretaria con sus censuras... Después, el Reverendo con sus sermones. Y todo esto lo he resistido... Sí, señora, y no me importaba que me tuvieran en mal concepto. ¡Pero usted, no! ¡Eso sí que no! ¡No, no! ¡Usted, no!

IRENE. (*Sonriendo.*)—¿Como que yo no? Pero si a mí me parece...

GERARDO.—A usted debe parecerla vergonzosa mi conducta, porque eso es vergonzoso. Ahora, que ha de saber usted que no es verdad. ¿Lo oye usted? ¡No es verdad! Yo no tengo relaciones con ninguna mujer. No, no. Yo no me divierto por las noches. Yo no hago más que sacrificarme y beber *champagne*, para que me duela luego el estómago. Y al día siguiente me duele el estómago y la cabeza, y tengo la cara pálida y estoy siempre sediento.

IRENE.—Pero...

GERARDO.—Y pensar que usted... Usted, a quien yo tanto respeto, cree que ando por ahí de juerga con unas y con otras... ¡Ah, no! Eso sí que no. No lo consiento y renuncio a continuar representando esta comedia.

IRENE. (*Naturalmente.*)—¡Ah! ¿La comedia?...

GERARDO. (*Ingenuo.*)—Usted me cree, ¿verdad?

IRENE. (*Dominándose.*)—¿Yo? Sí. Me parece que he comprendido bien lo que usted quiere decirme... Espere usted. Ha sido esto tan brusco... tan inesperado... Pero sí, sí... y lo veo claro. Aquella señorita que usted se llevó a almorzar... Y luego, la otra... Sí, sí... Eso es. Ninguna de las dos venía por usted, ¿verdad?

GERARDO. (*Que comprende que ha hablado demasiado.*)—Yo... no... Verá usted, Irene... Es que...

IRENE.—¡Bah! (*Hace un esfuerzo para dominarse y sonríe.*) Pero entonces, ¿por qué decírmelo ahora? (*Pausa.*) ¡Pobre

Gerardo! Se ha estado sacrificando... Fingiendo que se di-
tía... Haciéndonos creer que se había hecho hombre de
ndo...

GERARDO.—Yo... Yo...

RENE. (*Siempre sonriente.*)—¡Pero si no valía la pena!

GERARDO. (*Estupefacto.*)—¿Que no...?

RENE.—Se ha alarmado usted sin razón. ¿Usted ha creído
podía correr peligro nuestra paz conyugal?

GERARDO.—Sí. Claro está.

RENE.—No, Gerardo, no. Pero de todos modos, ha estado
n, muy bien, eso que ha hecho usted. Yo se lo agradezco
or u toda mi alma. Hasta luego. Voy a vestirme un poco, para
cena.

GERARDO.—Si es muy temprano...

RENE.—No, no. Son ya las seis. (*Vuelve Gerardo a la
sa muy preocupado. Irene coge la labor y un libro. Cuando
aprende que Gerardo no la ve, se limpia los ojos rápida-
nte. Dominándose en seguida, pasa junto a Gerardo.*) ¡Ea!
e trabaje usted mucho. (*Pausa.*) ¡Bah! Este Gerardo es
e chiquillo como su padre. (*Vase.*)

GERARDO.—¡Ay! Me parece que he cometido una mala
ción.

ESCENA X

GERARDO, JULIÁN; luego, LUCIANO.

JULIÁN.—¿No está aquí el señor? (*Entra LUCIANO.*)

LUCIANO.—¡Ah! Julián. Prepárame el frac y una camisa
ra.

JULIÁN.—Sí, señor (*En voz baja.*) Una señora le espera
el vestíbulo.

LUCIANO.—¿Eh? ¿La de antes?... ¡Echala!

JULIÁN.—No, señor, no. Es la del otro día. La que se fué
n el señorito Gerardo.

LUCIANO.—¿Aquella?

JULIÁN.—La misma. Pero ahora viene preguntando por el
for.

LUCIANO.—¿Por mí? (*Pausa.*) Muy bien... Sal; yo tocaré
timbre. (*Vase Julián. Frotándose las manos satisfecho,
Luciano contempla a Gerardo.*) ¿Quieres dejarme solo un
momento, Gerardo?

GERARDO.—Sí; ahora mismo. (*Coge unos papeles.*)

LUCIANO.—Perdóname, pero son cinco minutos nada más.

GERARDO.—Todo el tiempo que quieras... (*Vase. Luciano
espera que salga Gerardo y en seguida toca el timbre. Entra
QUITA.*)

PAQUITA y LUCIANO.

LUCIANO.—¿Usted? ¿Pero es posible? ¿Usted aquí?

PAQUITA. (*Ceremoniosa.*)—Buenas tardes, caballero. *ciano la besa la mano y la retiene entre las suyas.*

LUCIANO.—Supongo que será una equivocación del criado. No es a mí a quien viene usted a ver, ¿verdad?

PAQUITA.—Sí, señor, sí. A usted.

LUCIANO.—¡Ah! ¡Ah! (*Pausa.*) Yo creí que después de ocurrido aquí el otro día...

PAQUITA.—La culpa fué de usted... No estaba usted aquí...

LUCIANO.—Eso sí es verdad. No estaba yo aquí y se con otro...

PAQUITA.—Además, debe usted agradecermelo... Porque socio es un hombre encantador; pero tratando de negocio debe ser insoportable.

LUCIANO.—¿Mi socio?

PAQUITA.—¡Claro! Gerardo. ¿No es socio de usted?

LUCIANO.—¡Ah! Sí, sí. Claro... Es verdad... Es insoponble... Con usted, supongo que procurará ser más agradable.

PAQUITA. (*Indiferente.*)—¡Pchs! Es simpático.

LUCIANO.—Decididamente, es un mozo afortunado. En voy a llamarle.

PAQUITA.—No, no. Si es a usted a quien vengo a ver.

LUCIANO.—No comprendo.

PAQUITA.—Verá usted. (*Pausa.*) Gerardo quiere instalarme en un hotelito.

LUCIANO. (*Estupefacto.*)—¿Eh?

PAQUITA.—Yo he visto ya uno que me gusta... Pero que transformarle mucho. A mí, todas esas historias Luis XV y Luis XVI me aburren. Yo no entiendo de esto. Me gusta lo moderno de hoy, y si puede ser, lo de pasmañana...

LUCIANO.—¿Que Gerardo quiere alquilar un hotel?

PAQUITA.—Este le costará veinticinco mil francos de alquiler. Para empezar, no está mal... Ya tendré más adelante otro mejor.

LUCIANO. (*Mirando a la puerta por donde salió Gerardo.*) ¡Miren ustedes la mosquita muerta!

PAQUITA.—Naturalmente, para los arreglos y las obras pensado en usted. No conozco a ningún otro arquitecto.

LUCIANO. (*Bromeando.*)—Muy agradecido... Así, pues, trata de un trabajo.

PAQUITA. (*Quitándose los guantes.*)—Si usted lo acepta

LUCIANO. (*Señalando a una sortija.*)—Esa perla... ¿se la ha regalado él también?

PAQUITA. (*Indiferente.*)—Sí.

LUCIANO. (*Cada vez más contento.*)—¡Hola! ¡Hola! (*Pausa.*) Crea usted que me alegro mucho.

PAQUITA. (*Irónica.*)—Ya lo veo, ya...

LUCIANO.—¿La sorprende a usted? ¡Bah! No se molesta usted en querer adivinar nada. En el fondo, a mí me sería muy difícil tener celos de Gerardo... Yo le quiero mucho...

PAQUITA.—Es verdad. El también le quiere a usted muchísimo.

LUCIANO. (*Contento.*)—Y me explico perfectamente que usted le haya preferido.

PAQUITA. (*Molesta.*)—¡Ya, ya! Se consoló usted pronto. Porque una, ¡claro! Hay argumentos sonantes que convencen.

LUCIANO.—¿No influyeron en usted más que esos argumentos? El es joven, simpático...

PAQUITA. (*Indiferente.*)—No digo lo contrario. Pero cuando yo vine aquí aquel día para que fuésemos a almorzar no tenía más idea que ésa: almorzar con usted.

LUCIANO.—Es usted muy amable.

PAQUITA.—Y porque me parece que hice mal entonces es por lo que he vuelto ahora.

LUCIANO.—A encargarme las obras del hotel.

PAQUITA.—No. Es decir, sí. Bueno, mira. Yo no puedo disimular. ¿Es que no quieres que almorcemos juntos un día?

LUCIANO. (*Como aparte.*)—¡Ah! (*Pausa. La mira y sonríe.*) ¿De veras? ¿Quieres que almorcemos? Así, pues, la diferencia de edad...

PAQUITA.—¿La edad de quién?

LUCIANO.—La de mi socio. Gerardo es un chico joven, simpático, buen mozo, ¡y quieres engañarle!

PAQUITA.—El no te pidió permiso para hacerme el amor. Digo, me parece.

LUCIANO.—En su puesto yo hubiera hecho lo mismo que él.

PAQUITA. (*Levantándose.*)—Entonces, ¿qué? ¿Quedamos de acuerdo? Ven mañana a buscarme. ¿Vendrás?

LUCIANO. (*Sorriendo.*)—No.

PAQUITA.—¿Que no? (*Luciano niega con la cabeza.*) ¿Por qué?

LUCIANO.—Porque no quiero que Gerardo, mi socio, sufra un desengaño.

PAQUITA. (*Herida.*)—¡Ay, hijo! ¡Qué delicado!

LUCIANO.—¡Qué quieres! Gerardo es para mí como un hermano. No quiero que sufra. Y puesto que está enamorado...

PAQUITA.—¿Enamorado?

LUCIANO.—¡Ya lo ves! Las pruebas son evidentes.

PAQUITA.—¡Vámonos! No me hagas reír. ¡Enamorado!

LUCIANO.—¿Eh?

PAQUITA.—No, hijo, no. Si eso fuese verdad no estaría aquí.

LUCIANO.—¿Que no está enamorado de ti?

PAQUITA.—¿Por qué? ¿Por esto? (*Señalando la sortija*) ¿Por el hotel? Sí, sí. ¡Bastante le importo yo a Gerardo!

LUCIANO. (*Inquieto.*)—¿Que no le importas?

PAQUITA.—Tú puedes juzgar: viene a buscarme; me lleva a cenar, no despega los labios... Después me tiene pasear por los "cabarets" hasta el amanecer; me acompaña hasta mi casa, me deja en la puerta y se va a dormir a un hotel donde tiene alquilada una habitación.

LUCIANO. (*Preocupado.*)—¡Hola!

PAQUITA.—Tú me dirás si el que hace eso es un hombre enamorado.

LUCIANO. (*Siempre preocupado.*)—¡No! Es verdad. La cosa es para preocuparse.

PAQUITA.—¿Preocuparse? ¿Por qué?

LUCIANO.—No sé. Pero la conducta de Gerardo es rara.

PAQUITA.—Cualquiera diría que está enamorado, sí, pero de otra.

LUCIANO.—¿De otra?

PAQUITA.—Es lo que yo he sospechado. Y como una tiene su amor propio, pues por eso he venido a verte. ¿Pero qué te sucede? ¿No me escuchas?

LUCIANO. (*Preocupado.*)—¡No!

PAQUITA.—¿Eh?

LUCIANO.—Un momento. (*Va a la puerta y llama.*) ¡Gerardo! (*Entra GERARDO.*) Mira. Aquí tienes una visita. (*Paquita le mira sorprendida.*)

GERARDO.—¿Para mí?

LUCIANO.—¡Señorita! (*Salúdala y vase.*)

ESCENA XV

PAQUITA y GERARDO.

PAQUITA.—¿Se puede saber qué le pasa? Me parece que no está en su sano juicio.

GERARDO.—Es un poco caprichoso. Y como está en su casa. ¿Por qué ha venido usted aquí?

PAQUITA.—Porque tenía que verte.

GERARDO.—¿No habíamos quedado en que cenaríamos juntos?

PAQUITA.—Me corría prisa hablarte.

GERARDO.—Pues diga lo que sea. Siéntese usted.

PAQUITA.—Perdona; pero aunque esté en tu despacho yo no vengo a hablarte de negocios.

GERARDO.—Hable usted.

PAQUITA.—Anoche me tuteabas.

GERARDO.—Anoche había bebido un poco más que de costumbre.

PAQUITA.—Bueno; pues acabemos de una vez. Yo no puedo seguir así. O yo no te gusto, o tú quieres a otra mujer. Elige.

GERARDO.—Eso no es verdad. Yo no quiero a nadie.

PAQUITA.—¿Entonces por qué me dejas a la puerta de mi casa y te vas?

GERARDO. (*Asustado.*)—¡Oh!

PAQUITA.—¡No te asustes, hombre! Yo digo las cosas como las pienso. ¿Es que te parezco tan fea?

GERARDO.—¿Fea? ¡Oh, no! Eso no.

PAQUITA.—Me tratas como una cosa despreciable.

GERARDO.—¿Yo?

PAQUITA.—Tú. Puede que creas que a mí me gusta pasar las noches en los “dancings” y los “cabarets”, bebiendo y aburriéndome. Si me hubieras propuesto quince días de luna de miel en el campo te lo hubiera agradecido más.

GERARDO.—¿De veras?

PAQUITA.—Pero me tratas con una frialdad, con un despego, que me humillas. Y ya estoy harta y no lo aguanto más, ¡ea!

GERARDO.—¿Que yo la humillo?

PAQUITA.—Sí. Y eso me da mucha pena. Dime la verdad: ¿no estás enamorado de otra mujer?

GERARDO.—No. De ninguna.

PAQUITA.—Si tú supieras... Es tan bueno estar enamorados y quererse. Tú ves qué divertido es esto... Te estoy haciendo el amor.

GERARDO.—Sí; pero aquí no estamos bien. Podrían oírnos y...

PAQUITA.—Lo sé. Me voy; pero... (*Muy humilde y cariñosa.*) ¿cenaremos juntos esta noche?

GERARDO.—Ya telefonaré yo luego.

PAQUITA.—Entonces me vuelvo a casa. Dentro de diez minutos estoy allí. Me llamarás, ¿verdad? ¡Malo! Eres muy malo. (*En la puerta.*)

GERARDO.—Yo la pido perdón.

PAQUITA.—Te daré el perdón en casa. Ven a buscarle. ¿Vendrás? Sí, sí. Hasta luego. (*Vase.*)

GERARDO.—Verdaderamente es muy simpática. (*Queda sumido en sus pensamientos.*)

ESCENA XII

LUCIANO y GERARDO; luego, IRENE.

LUCIANO. (*Durante toda la escena estará muy nervioso.*)
¿Se fué ya esa señorita?

GERARDO.—Sí, papá.

LUCIANO.—Me alegro. Y procura no traer estas visitas
mi casa, ¿oyes? Aquí no es costumbre.

GERARDO.—Perdóname.

LUCIANO.—Ya lo sabes. ¡Vaya, hombre!

IRENE. (*Entrando.*)—¿Qué tienes?

LUCIANO.—Figúrate que me he encontrado aquí a este
ballerito con una amiga suya. Y como me ha parecido
mal se lo he dicho para que no se repita.

IRENE.—¿Tú sabes que esa señorita venía por él?

LUCIANO.—¿Eh? ¿Que si venía por él? Pues si no ven
por él, ¿por quién venía? ¿Qué es lo que quieres dar a en
tender? ¡Ah! No. Haz el favor de hablar claro. Te lo ruego.

IRENE.—¿Tienes mucio interés en que hable claro?

LUCIANO.—¿Yo? Naturalmente.

IRENE.—Bueno; pues yo no. Lo único que estoy dispues
a decirte es que Gerardo es el más formal y el mejor de los
muchachos.

LUCIANO.—Mira: en primer lugar... (*Deteniéndose de pro
to. A Gerardo.*) Gerardo, déjanos solos.

GERARDO.—En seguida, papá, en seguida. (*Vase.*)

ESCENA XIII

IRENE y LUCIANO.

LUCIANO.—¿A ti te parece bien lo que haces desautorizán
dome? Cuando yo me permito hacer una observación a mi hijo
cuando le afeo su conducta...

IRENE.—¿Estás seguro de que esa mujer venía a ver a
Gerardo?

LUCIANO.—¡Claro que sí!

IRENE. (*Mirándole.*)—¿Seguro? ¿Seguro?

LUCIANO. (*Indeciso.*)—Sí...

IRENE.—¿Lo jurarías?

LUCIANO.—Es que yo... Pero, bueno, después de todo, lo que
puedo asegurar es que, por mi parte, yo no tengo nada que
ver con esa mujer.

IRENE. (*Fingiendo indiferencia.*)—¡Bah!

LUCIANO. (*Inquieto.*)—Supongo que me creerás.

IRENE.—Como quieras. Yo no te he hecho jamás escenas celos.

LUCIANO. (*Después de una pausa.*)—Sí, es verdad. ¿Pero qué no me las haces?

IRENE.—No sé; porque no las siento.

LUCIANO. (*Serio.*)—Irene, me estás haciendo mucho daño.

IRENE. (*Escéptica.*)—Daño a ti...

LUCIANO.—Entonces, ¿qué? Si yo te engañara, ¿a ti no te importaría?

IRENE.—Reconoce que si así fuera resultaría muy cómodo a ti.

LUCIANO. (*Aterrado.*)—Estás desconocida. Eres otra mujer.

IRENE.—Es posible. ¿Pero cuál de los dos ha cambiado más?

LUCIANO. (*Protestando.*)—¡Oh! ¡Yo, no! Te lo juro. (*Pau-*

Reconozco que desde hace algún tiempo te he tenido un poco abandonada. Perdóname. Desde ahora te aseguro...

IRENE. (*Fingiendo indiferencia.*)—No hablemos de eso. No es la pena. En tanto el pobre Gerardo andará por ahí desaburrido.

LUCIANO. (*La mira y calla.*)—Está bien. Vete a hacerle compañía.

IRENE.—¿Vienes tú también?

LUCIANO.—Ahora voy. (*Vase Irene. Queda Luciano en esta y se deja caer en un sillón.*)

ESCENA XIV

LUCIANO y ESTEBAN.

ESTEBAN. (*Viste de frac.*)—¡Cui! ¡Cui! ¡Ya estoy aquí!

LUCIANO.—¡Ah! Eres tú.

ESTEBAN.—¿Cómo? ¿Pero no estás vestido todavía? ¿Has olvidado que esta noche cenamos con...?

LUCIANO. (*Levantándose.*)—Ya lo sé. Y llegas a tiempo. No sabes bien lo a tiempo que llegas! Cenaré contigo. (*Llama.*)

ESTEBAN.—¿Y no te vistes?

LUCIANO.—No. Ya no tengo tiempo. Quiero que nos larguemos de aquí en seguida. ¡Si supieras las ganas que tengo de alegrarme esta noche!

ESTEBAN.—¡Hombre! Ese programita no me parece mal.

LUCIANO. (*A Julián, que entra.*)—Tráeme el gabán y el abrigo. (*Vase Julián.*) Como lo oyes. Esta noche la vamos a coger. ¡Digo si la vamos a coger! ¿Quiénes cenan con nosotros?

ESTEBAN.—Durán, su amiga, Lola la bailarina... (JULIÁN con el gabán y el sombrero de Luciano.)

LUCIANO.—Gracias. (Vase Julián.)

ESTEBAN.—Pero date prisa, porque se nos va a hacer tarde. Primero tomaremos el vermut en Maxim's o en el Bo (Luciano no quita la vista de la puerta por donde sale Gerardo, primero, e Irene, después. Se le ve que no se da a marcharse.) ¡Anda, hombre, muévete!

LUCIANO. (Después de una pausa.)—No. (Se quita el gabán.) No. Vete solo.

ESTEBAN.—Bueno. ¿Pero te reunirás luego con nosotros?

LUCIANO.—No. Me parece que no.

ESTEBAN.—¿Pero qué tienes?

LUCIANO.—Esteban, tengo..., ¡tengo tristeza!

ESTEBAN. (Sonriendo.)—¿Tristeza? ¿Tú triste?

LUCIANO. (En voz baja.)—Sí, yo.

ESTEBAN. (Sonriendo.)—¿Por qué? ¡Bah! Tu hijo te ha castigado. Habrás hecho alguna diablura.

LUCIANO. (Emocionado.)—Eso mismo que acabas de decir. He hecho una tontería. Y mi hijo me ha castigado.

ESTEBAN. (Asombrado.)—¡Pobre Luciano! (Le contenta y se convence de que le ha hablado seriamente.) Me lo figuro desde el primer momento. Supuse que sucedería esto. Un mozo que se ha atravesado de pronto en tu vida, con su vanidad grotesca, sus aires de financiero, su rigorismo...

LUCIANO. (Suspirando.)—Y con su juventud...

ESTEBAN. (Sorprendido.)—¿Eh?

LUCIANO. (Sonriendo.)—Tú no sabes lo que su presencia ha envejecido.

ESTEBAN.—¡Vamos, hombre! No digas tonterías. Nunca has sido más joven.

LUCIANO.—No, no. He querido probarme a mí mismo lo que era y... (Un silencio.)

ESTEBAN.—¿Pero quieres decirme qué te pasa?

LUCIANO. (Tratando de sonreír.)—¡Oh! Una cosa muy graciosa, querido Esteban... Me había parecido que ese muchacho, por su seriedad, era mi padre. Y me lo creí. Y quise representar otra vez en la vida el papel de hijo. Divertirme. Hacer el chiquillo.

ESTEBAN.—Sí, sí. Ya sé...

LUCIANO.—¡Qué bobada! Es tonto quererse engañar. Ahora voy a enterarme de que el más joven es él.

ESTEBAN.—¡Valiente descubrimiento!

LUCIANO. (Pausa. Melancólico.)—Y no es eso lo malo. Lo peor es... que Irene piensa lo mismo que yo...

ESTEBAN. (*Protestando.*)—¿Qué dices? Supongo que no se-
canaz de sospechar...

LUCIANO. (*Con viveza.*)—¡Oh, no! No hay nada equívoco
re ellos. Son inocentes. Son dos chiquillos. Ellos, sí. Lo son
verdad. Pero existe un peligro... Irene...

ESTEBAN.—No puede ser. Tú te engañas.

LUCIANO.—Daría lo que me pidieran por estar seguro.

ESTEBAN. (*Pausa.*)—¿Pero qué vas a hacer?

LUCIANO.—¡Oh! Yo sé bien lo que voy a hacer. Tengo una
a. (*Dirige una mirada a la puerta.*) Voy a representar
a comedia, una comedia inocente. Puede que me haga salir
dudas. Vete. Esteban.

ESTEBAN.—Entonces... ¿no nos acompañas esta noche?

LUCIANO.—Me parece que no.

ESTEBAN.—Yo te espero de todos modos, por si acaso, ¿sa-
s?

LUCIANO.—Es posible. Pero sería mala señal. (*Le da unas
lmadas en la espalda.*) Anda, Esteban, vete. Déjame solo.
jame. (*Vase Esteban.*)

ESCENA XV

LUCIANO; luego, GERARDO.

(*Luciano queda abatido. Reflexiona. Como si adoptara una
solución, se acerca rápidamente a la puerta y llama.*)

LUCIANO.—¡Gerardo! (*Entra GERARDO.*)

GERARDO. (*Asustado al verio.*)—¡Eh! ¡Dios mío! Papá, ¿qué
nes?

LUCIANO.—¡Calla! Habla bajo. (*Pausa.*) Ven aquí.

GERARDO.—Me arustas.

LUCIANO.—¡Calla! Lo que tengo que decirte quiero decir-
lo de prisa. No me interrumpas. (*Le coge la cabeza con las
manos.*) ¿Me oyes bien?

GERARDO.—Sí, sí. Dime, por Dios.

LUCIANO.—Mira, Gerardo... En este momento Julián está
aciéndose el equipaje. Me marchó ahora mismo.

GERARDO.—¿Que te vas!

LUCIANO. (*Bajo y rápidamente.*)—¡Cállate! Me voy y no
olveré más. (*Pausa.*) Tú no esperabas esta noticia, ¿eh? No
porta. Lo que quiero es que ante todo tú no te acuses nun-
de tener la menor culpa. Es posible que tu llegada a esta
sa, tu ingerencia en nuestra vida, haya precipitado las co-
as; pero este momento tenía que llegar tarde o temprano.
el momento llegó. (*Silencio.*)

GERARDO.—No te comprendo. ¿Qué quieres decir?

LUCIANO.—Yo sé que tú has hecho cuanto has podido para

que Irene y yo fuésemos dichosos. Has obrado torpemente pero con buena voluntad. Lo sé. Ahora que yo soy ya vieja para volver a la escuela y escuchar las lecciones de un maestro tan joven como tú. *(Gerardo baja la vista.)* En fin, atreemos palabras. A pesar de tus precauciones, yo he connuado viéndome con una antigua amiga. Sí. Con una que ni siquiera sospechabas que existía... A pesar de tu vigilancia, ella acaba de telefonarme... Ya está en la estación. Me espera... Nos vamos los dos juntos. *(Pausa.)* Compréndelo... Yo no he nacido para el matrimonio, no sirvo para vida de familia... *(Melancólico.)* Y aunque así no fuera. Aunque me enterase ahora de que me he equivocado... sería ya demasiado tarde...

GERARDO.—¿Demasiado tarde? ¿Por qué demasiado tarde?

LUCIANO. *(Después de una pausa, mirándole.)*—¡Porque Irene ya no me quiere...!

GERARDO. *(Aterrado.)*—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

LUCIANO.—Porque sé que la he tenido un poco abandonada. Yo me entero ahora de lo distintos que son nuestros caracteres... Ella, también se da cuenta de que yo no soy tan... tan formal... como la gustaría que fuese... *(Gerardo vuelve rostro. Luciano lo observa, y luego, suavemente, le coge barbilla y le obliga a volver el rostro hacia él.)* Confíesalo ¿Fuiste tú...? ¿La dijiste tú la verdad?

GERARDO. *(Avergonzado.)*—Perdóname, papá... Ella censuraba mi conducta, y esto me daba vergüenza...

LUCIANO.—Lo había adivinado... *(Pausa.)* No... No te guardo rencor... *(Otra pausa.)* Y lo que son las cosas... tienes que ser tú quien la digas que me he marchado.

GERARDO.—¡Oh, no!

LUCIANO. *(Enérgico.)*—Sí... Compréndelo... Yo... no podría... *(Pausa.)* Me sería muy doloroso convencerme por mis propios ojos—como tú podrás ver—que a Irene mi marcha le causa pena...

GERARDO.—Te equivocas, papá... ¡Te lo juro!

LUCIANO.—De sobra sabes que no... *(Coge el gabán y sombrero.)*

GERARDO. *(Aterrado.)*—No, no... ¡Por Dios, no te vayas... Es preciso que no te vayas... Espera... ¡Te lo suplico!

LUCIANO. *(Observándole.)*—¿Para qué?

GERARDO.—¡No te vayas! Espera...

LUCIANO.—Está bien... *(Pausa.)* Pero con una condición. ¡Que no me traicionarás! ¿Lo oyes? *(Pausa.)* Es menester que hagas creer a Irene... que yo me he marchado. ¿Lo harás? *(Gerardo hace un signo afirmativo con la cabeza. Va Luciano.)*

ESCENA XVI

GERARDO; en seguida, IRENE.

GERARDO. *(Solo.)*—¡Será posible! ¿Que ella no lo sentirá?

IRENE. *(Entrando.)*—¿Está usted hablando solo?

GERARDO.—¡Irene...! *(Se acerca a ella.)* Irene...

IRENE.—¡Qué atroz! ¡Qué aire tan melodramático!

GERARDO.—Irene... No se ría usted... No se ría...

IRENE. *(Seria.)*—¿Por qué? ¿Qué pasa?

GERARDO.—¡Irene!

IRENE.—Pero, ¿no va usted a salir de ahí? ¿Qué ocurre?

GERARDO. *(Brutalmente y observándola.)*—Irene... Papá ha ido... Ha huido con una mujer... Con su amante... Se va a abandonarla a usted para divorciarse... *(Irene le escucha y decir nada.)* ¿Lo oye usted?

IRENE. *(Impasible, en apariencia.)*—Pero... ¿eso es verdad? ¿Es verdad? *(Gerardo afirma con el gesto.)* ¡Ah! *(Se deja caer en un sillón.)*

GERARDO. *(Desesperado.)*—¡Oh!... ¿Y no se desespera usted? ¿No llora? ¡La digo a usted que se ha ido para siempre... que la abandona... y no llora usted!

IRENE. *(Nerviosa, cada vez más exaltada.)*—¿Que se ha ido? ¿Que se ha ido! ¡Vamos, hombre! Ya estará usted contento... ¡Porque la culpa de todo la tiene usted!

GERARDO.—¿Eh? ¡Yo!

IRENE.—¡Usted! ¡Usted, que le ha hecho la vida imposible! ¡Usted, que le ha privado de todas sus alegrías... Usted, que le ha venido a darle lecciones de moral... ¡Dar lecciones un hijo a su padre! ¡Usted, qué va a ser un hijo! ¡Es usted un fiscal! ¡Un aguafiestas...! ¡Con su puritanismo y sus ridículas pundeceras podía usted haberse quedado allá en América...!

GERARDO. *(Loco de alegría.)*—¿De veras, Irene? ¡Le quiere! ¡Le quiere usted!

IRENE. *(Sin escucharle.)*—¡Y pensar que yo le ayudaba a usted! ¡Tonta de mí! Porque, si no, seguramente no se hubiese marchado... Estaría aquí... aquí...

GERARDO.—¡Gracias, Dios mío! ¡Le quiere! ¡Le quiere!

IRENE.—Tanto como le odio a usted... Sí... sí... ¡Le odio a usted!

GERARDO.—¡Qué alegría! ¡Ah! ¡Qué miedo he pasado! *(Irene llora.)* Querida mamá... Ahora... ¡ahora sí que la quiero!

IRENE. *(Sin escucharle, llorando.)*—Pero, ¿por qué se ha marchado? ¿Por qué? ¡Si no es posible! No, no... No es verdad... No se ha marchado... El sabe que este golpe me matará... No es posible, no... *(LUCIANO entra. Irene lanza un*

grito. *El abre los brazos y ella se arroja en ellos.*) ¡Ingrata! ¡Maio...! *(Pausa.)*

GERARDO. *(A Luciano.)*—¿Ves como tenía yo razón?

LUCIANO.—Perdóname, hijo mío... He representado una cena un poco fea... lo sé... Pero quería convencerlos de que estúpidamente, cobardemente, había sido capaz de matar nuestro cariño...

IRENE. *(Tiernamente.)*—¡Tontol! *(Volviéndose a Gerardo.)* ¡Pobre Gerardo!... ¡Hay que ver las cosas que le he dicho!

GERARDO.—No, no... Si ha hecho usted bien... Ha sido mala la culpa...

LUCIANO.—¡Perdóname...! Por lo visto, el diablo seguía viendo dentro de mí; pero lo que es ahora...

GERARDO. *(Enérgico.)*—Ahora, el diablo se quedará conmigo, y vosotros os marcharéis... Dejadme que, por un día, si siendo aquí yo el padre... Mañana iré yo mismo a comprar los pasajes, y os embarcaréis...

LUCIANO.—¿Embarcaréis? ¿Para dónde?

GERARDO.—Para Ceilán... Para las Indias... Para el Japón... Nuestra compañía tiene fábricas en todas partes... En todo el Globo tenemos intereses... Hace falta un inspector que los visite... Como vas, es un cargo de poco trabajo... Lo más apropiado para ti...

LUCIANO. *(Riendo.)*—¡Oye, niño...!

GERARDO.—¡A calar! Sigo siendo el padre yo... Conque, dicho, dicho está... ¡A viajar! A recorrer el mundo...

IRENE.—A mí ya lo creo que me gustaría... *(A Luciano.)* ¿Y a ti?

LUCIANO.—A mí también... Aunque, si lo haces por tema a que reincida, la precaución es inútil... Siento que la locura se va... y la juventud con ella. *(Estrechando el codo de Irene.)* Me es igual... Me queda la tuya... Sí, sí... Ya es hora de comenzar... *(Se detiene.)*

IRENE.—¿De comenzar...? ¿A qué?

LUCIANO.—¡A envejecer!

IRENE. *(Cariñosa.)*—No... Espera un poquito... Eso lo haremos juntos... *(Se abrazan.)*

GERARDO. *(En el teléfono.)*—Passy, 22-12.

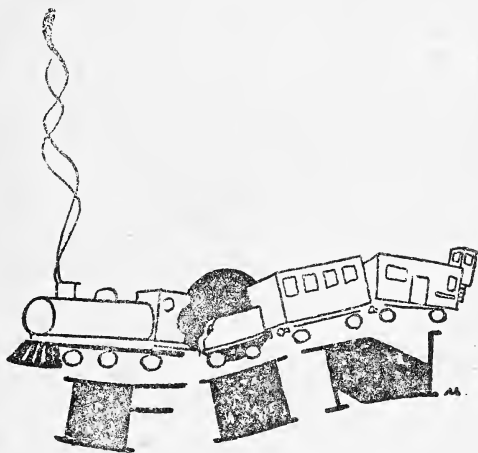
IRENE.—Pero oiga usted, Gerardo... Si nos vamos nosotros ¿qué va usted a hacer...?

GERARDO. *(Sin escucharla.)*—Sí... ¿La señorita Paquita? ¡Ahl! ¿Eres tú? *(Pone la mano delante del receptor pidiendo silencio.)* Sí... Sí... Yo mismo... Iré luego. *(A Irene.)* Ya ve usted lo que voy a hacer. Va a empezar... mi juventud...

LUCIANO.—¡Claro, hombre! ¡Hay que divertirse!

TELON

Ingrat
una e
de qu
ar mue
verdo
choll
do m
nia v
comm
a, sig
mpra
el Ja
.. El
or qu
o m
us, l
ono,
emo
cure
Ira
chor
ha
ros
?
ca
va



LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO.

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEIRA, S. A.—Sección de Publicación

PASEO DE SAN VICENTE, 28.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CABAÑA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Barr y Verzeuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique E. Gutiérrez-Moig.
3. LA VILLANA, de Romero y Bernardes Shaw, música de maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tallacche, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafin y Joaquín Álvarez Quintero.
6. ALOCENA, de Federico Olver.
7. PAREL AÑO DE LOSOBI, de Manuel Linares Rivas.
8. MAMA DEL MAN, de José Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de Luis Novés de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Asensio C. Carazo, música de los maestros Bouthier y Vert.
10. LA SOTA DODA, de Asensio Cazo y Antonio Paso (mujo).
11. LOS LAVANINADOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Amador.
13. ¡MOCARATE CONMIGO!., de Arimout y Gerdion, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique E. Gutiérrez-Moig.
14. CALALAL, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDROS, de Romero y Bernardes Shaw, música de maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafin y Joaquín Álvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Thomas Borras y Valentín de Pedro.
19. VIA CUCIO, de Luis Bernardes Shaw.
20. SU MUJO DESECHA, de Romero Seca.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOJA DEL PORTINO, de Benito Carrera y Francisco de Pacheco, música del maestro Emilio Luna.
23. DONA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina (Número homenaje a María Guerrero).
24. LA CIUDA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¿USTED ES ORTIZ?, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estruch.

1. LA DETENTERA, de Francisco Serrano Arce y Manuel de...
2. EL ÚLTIMO ROMANTICO, de José Tellasche, música de...
3. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Es...
4. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque...
5. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kislay.
6. LA MURALLA DE ORO, de Fernando...
7. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardevín.
8. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
9. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández...
10. basado en la obra de Julio Benítez "La Severa", música del...
11. LA CURA, de Pedro Muñoz Sola y Enrique García Velloso.
12. EL SESOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
13. NO HAY DIFICULTAD Y CRISTOBALON, de Manuel Linares...
14. HERNANI versión y arreglo a la escena española por D. Manuel...
15. Y YA DE CUENTOS, de Jacinto Benavente.
16. LA CAPITANA, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Ca...
17. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y En...

óximamente publicará

LA FARSA

la obra de grandioso éxito de
Francisco Ramos de Castro

PARE USTED LA JACA, AMIGO!

mpre usted, todos los sábados,

LA FARSA

LEA USTED
**HUMO, DOLOR,
PLACER**

La más hermosa, la más interesante novela de

ALBERTO INSUA

Editada por Rivadeneyra. 320 páginas.
Admirable cubierta de Ribas. 5 pesetas.

*
* *

Del mismo autor,
reeditadas por Rivadeneyra:

UN ENEMIGO DEL MATRIMONIO.
LA MUJER QUE NECESITA AMAR.
LA MUJER QUE AGOTÓ EL AMOR.
EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA.
LA MUJER, EL TORERO Y EL TORO.
LAS FLECHAS DEL AMOR.

QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

Esmerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

Colaboran en ella, entre otros, los maestros de la novela contemporánea española, Pío Baroja, Alberto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, Ramón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael López de Haro, Antonio Zozaya, Francisco Camba, Cristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos novelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Pedro, Juan José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre,	7,50	pesetas;	año,	14	pesetas
Provincias:	semestre,	8,00	—	año,	15	—
Extranjero:	semestre,	13,00	—	año,	24	—

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PRIVADENEYRA S. A. - Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID



Rivadeneyra (S. A) Artes Gráficas
Paseo de San Vicente, 20. Madrid